

Estos, dueños de la ciudad, esperaron la llegada de los Maáditas y de los Berberes-Botr, que tuvo lugar en la mañana del martes, nueve de Setiembre de 889. (1) Entonces una compacta multitud se abalanzó sobre el palacio de Omeya. La insurrección fué tan rápida, que el gobernador no tuvo siquiera tiempo de ponerse las botas. Se tiró sobre el caballo, y se fué á escape al palacio del príncipe. Engañados los insurgentes, saquearon su palacio y se dirigieron luego hácia el del príncipe, que rodearon, lanzando gritos feroces. De minuto en minuto aumentaba la multitud, con tenderos, obreros y artesanos. No sabiendo qué hacerse, el príncipe envió á toda prisa mensajeros á Ibn-Angelino, Ibn-Sabárico y otros patricios, para rogarles que vinieran á concertar con él los medios de hacer cesar el tumulto.

Estos patricios que hasta entónces se habían mantenido á la capa, deliberaron entre sí lo que debían hacer. Grande era su embarazo, si aceptaban la invitación del príncipe temían caer en una celada, pero te-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 63 r. La fecha que se halla fól. 55 v., es inexacta.

mían si la rehusaban ser acusados de conivencia con los amotinados, y esto era lo que ellos no querían. Bien considerado todo, resolvieron ir á ver al príncipe, mas tomando sus precauciones; pusiéronse corazas debajo de los vestidos y ántes de entrar en palacio colocáron sevillanos bien armados y soldados de Moron cerca de la puerta. «Si no hemos vuelto, les dijeron, cuando el muezin anuncie la oracion del medio día asaltaréis el palacio é ireis á libertarnos.» Dicho esto, fueron á ver al príncipe que los acogió de la manera más amable. Pero mientras que hablaban todavía con él, los hombres colocados en la puerta perdieron la paciencia, entraron en sospechas y comenzaron á romper la puerta. Precipitándose primer en las caballerizas se apoderaron de los caballos y las mulas, corrieron luego hácia la puerta del «fácil» (antemuro) que se hallaba al otro extremo del pátio frente á la puerta de entrada, pero allí encontraron una resistencia que no esperaban. Allí estaba Omeya.

Desde que este valiente guerrero oyó los gritos de los insurrectos en las caballerizas, hizo arrestar á Ibn-Angelino y á sus compañeros, apostó á sus propios sirvientes y á

los del príncipe sobre la plataforma de la puerta del «fácil,» donde había hecho llevar un monton de proyectiles, y cuando los renegados y sus aliados se aproximaron á esta puerta, cayó sobre ellos una granizada de dardos, de piedras y de muebles. Aun cuando tuvieran la ventaja del número, sus adversarios tenían la de la posicion. Escitados por Omeya que con la cabeza y el pecho ensangrentados con numerosas heridas los animaba con su actitud, con su mirada y con su ejemplo, los defensores de palacio estaban resueltos á vender caramente sus vidas, y la desesperacion parecia prestarles fuerzas sobrehumanas.

El combate duró desde el medio dia hasta la puesta del sol. Cuando llegó la noche, los sitiadores vivaquearon en el pátio y por la mañana volvieron al ataque.

¿Qué hacian entre tanto los realistas y todos aquellos amigos del órden que á lo que parece hubieran debido volar al socorro del gobernador? Fieles á su divisa «cada uno para sí,» y sufriendo el inevitable ascendiente que ejerce sobre la debilidad una resolucion vigorosa esperaban, y habiéndose fortificado en sus palacios, dejaban que el gobernador saliera del aprieto como pu-

diera. Ellos lo querían sin duda, hacían votos por él, pero eso de arriesgar la vida por salvarlo.... su adhesión no llegaba hasta ese extremo.

Algo habían hecho sin embargo. En cuanto comenzó el tumulto enviaron un correo á Djad para prevenirlo del peligro en que se hallaban su hermano y el príncipe. Verdad es, que esto no les costaba mucho y ahora se trataba de saber: primero, si Djad llegaría á tiempo, luego, si lograría dominar la insurrección.

Apenas se informó Djad de lo que pasaba en Sevilla, se puso en camino con todos los caballeros que pudo reunir á toda prisa. Habiendo vuelto á comenzar el combate en la mañana del 10 de Setiembre en el pátio de palacio, llegó por el lado del Mediodía. Un puesto de renegados quiso defenderle el paso, él pasó sobre ellos y penetró en el arrabal donde habitaba el coreiscita Abdallah-ibn-Achath. Este realista le informó del estado de las cosas. «Á escape» gritó el general, y espada en mano cayó sobre la multitud. Los sevillanos se mantuvieron firmes. El caballo de Djad, cayó herido mortalmente, sus ginetes retrocedieron. Trató de volverlos á la carga, llamó á cada uno

por su nombre y le suplicó que se mantuviera firme. Los más valientes se reunieron, volvieron á la carga atacando con preferencia á los jefes. El mismo general se precipitó sobre uno de los más valientes sevillanos y lo mató. El desórden se introdujo en la multitud. Retroceden, se empujan, se oprimen, los caballeros redoblan su energía y los sevillanos no tardan en huir por todas parte.

Lleno de gozo, Djad se lanza á palacio, estrecha á su hermano sobre su corazon y besa respetuosamente la mano del príncipe. «Gracias á Dios, esclama, que aun he podido salvaros.—Ya era tiempo, le respondió su hermano, media hora más y estamos perdidos.—Sí, añadió el príncipe, ya no esperábamos mas que la muerte, pero no pensemos ahora mas que en la venganza! Que se castiguen á esos rebeldes poniendo sus casas á saco, que se saquen á Ibn-Angelino y á sus cómplices de la prision, que el verdugo les corte la cabeza y que sus bienes sean confiscados!»

Mientras que estos dos infelices marchaban al suplicio, Sevilla presentaba un horrible espectáculo. Sedientos de carniceria y ávidos de botin, los caballeros de Djad de-

gollaban á los fugitivos y saqueaban sus casas. Felizmente para los renegados habia entre ellos y los clientes omeyas de Sevilla, lo que se llamaba una alianza de vecindad. En consideracion á esta alianza, los clientes pidieron y obtuvieron gracia para sus conciudadanos, y poco despues el Sultan mismo concedió una amnistía general. No era mas que un respiro los renegados tocaban ya á su ruina.

Cuando el príncipe Mohamed volvió á Córdoba con Djad y sus tropas, llegaron mensajeros de Ibn-Hafzun,!(que estaba entónces en paz con el Sultan) para pedirle la cabeza de Djad, porque este general habia hecho perecer á Ibn-Galib aliado de su señor.

El poder de Ibn-Hafzun y el temor que inspiraba al Sultan, eran entónces tan grandes, que Djad, aunque no habia hecho mas que obedecer á su señor, temía, no sin motivo, ser sacrificado al jefe de los renegados. No encontrando para sustraerse al peligro que le amenazaba mas medio que una pronta fuga, abandonó la capital de noche y en secreto para buscar un refugio al lado de su hermano el gobernador de Sevilla. Iba acompañado de sus dos hermanos Hachim

y Abd-el-ghafir, de algunos amigos, entre los que se encontraban dos coreiscitas, de sus pages y de sus esclavos. Costeando el Guadalquivir llegaron al amanecer al castillo de Siete Filla. Pidieron y obtuvieron permiso de detenerse allí algunos instantes para descansar y refrescarse. Desgraciadamente para ellos, la banda de berberiscos Tamachecca andaba entónces por aquellos alrededores, y los hermanos de Ibn-Galib que entónces servían en ella, habian notado la llegada de los caballeros al castillo. Habiendo reconocido á Djad y ardiendo en deseos de vengar en él la muerte de su hermano, avisaron á su jefe y le dijeron que podría fácilmente apoderarse de las monturas que estos caballeros se habían dejado fuera del castillo. Tamachecca se puso enseguida en camino con sus bandidos, y ya había echado mano á los caballos, cuando Djad y sus amigos, atraídos por los gritos de sus esclavos, cayeron sobre ellos espada en mano.

Léjos de huir, los ladrones se defendieron vigorosamente y como tenían la superioridad numérica mataron á Djad, á sus dos hermanos y á un coreiscita.

Este acontecimiento tuvo las mas funes-

tas consecuencias para los españoles de Sevilla. Fué sobre ellos sobre los que Omeya, impotente para castigar á los verdaderos culpables, quiso vengar la muerte de sus tres hermanos. Entrególos pues, á los Khaldun y á los Haddjadj, que habia llamado ya á la ciudad y á los que dió pleno poder para saquear y esterminar á todos los españoles, cristianos, ó musulmanes donde quiera que los encontraran, en Sevilla, en Carmona ó en el campo. Entónces comenzó una horrible carnicería. Ciegos de furor, los Yemenitas degollaron españoles á millares. Por las calles corrían arroyos de sangre. Los que se arrojaron al Guadalquivir para escapar del cuchillo casi todos perecieron en las olas. Pocos españoles sobrevivieron á esta horrible catástrofe. Opulentos ántes, ahora se encontraron sumidos en la miseria.

Los Yemenitas conservaron mucho tiempo el recuerdo de esta sangrienta jornada; el rencor sobrevivió entre ellos á la ruina de sus adversarios. En los castillos señoriales y en los lugares del Axarafe y del Sened, en las nocturnas veladas, los improvisadores tomaban muchas veces por tema de sus cantos el triste drama que acabamos de referir, y entónces los Yemenitas con

la vista inflamada por un ódio sombrío y feróz, escuchaban versos tales como estos:

Con la espada en la mano, hemos esterminado esos hijos de esclavas. Veinte mil de sus cadáveres yacían en el suelo, las grandes olas del rio llevaban otros.

Su número era otras veces prodigioso, nosotros lo hemos hecho mínimo.

Nosotros hijos de Cahtan, contamos entre nuestros abuelos los príncipes que reinaban ántes en el Yemen: ellos esclavos no tienen mas que esclavos por abuelos.

¡Infames! ¡perros! con su loca audacia osaron venir á desafiar á los leones en su gruta.....

Nosotros nos hemos enriquecido con sus despojos y los hemos precipitado en las llamas eternas donde han ido á reunirse á los Themuditas. (1)

(1) Pueblo impío que no quiso creer á su profeta que Dios le había enviado.

XIV.

No fué al Sultan á quien aprovechó la ruina de los renegados de Sevilla, sino á la aristocrácia árabe. Desde entónces los Khaldun y los Haddjadj, fueron los amos de la provincia; el partido realista era demasiado débil, y sobre todo, demasiado cobarde para disputarle el poder, y ni lo intentó siquiera. Únicamente Omeya, procuró hacerles frente. Hizo todo lo posible para sembrar la discordia entre el Berberisco Djonaid y Abdallah-ibn-Haddjadj, que se habian repartido á Carmona; trató de malquistar á Coreb con su propio partido, y de ganárselo con las más brillantes promesas; hasta llegó á tomar medidas para desemba-

razarse de una vez de todos estos turbulentos yemenitas. Nada consiguió. Verdad es que hizo asesinar á Abdallah por Djonaid; pero en vez de ganar perdió en el cambio, porque á la muerte de Abdallah los Haddjadj eligieron por jeque á su hermano Ibrahim, hombre de gran talento, que se hizo mucho más temible que Abdallah. Coreb aunque fingía dar oídos á las proposiciones que le hacian, era demasiado astuto para dejarse engañar, y el gran proyecto que Omeya había formado para esterminar á los yemenitas se frustró completamente. Había mandado para ello cercar con una muralla la parte de la ciudad en que estaba el palacio, y la gran mezquita, y anunció que este recinto quedaría reservado exclusivamente para la guarnicion. Los Árabes comprendieron que el mejor dia, cuando entraran ó salieran de la mezquita, serian degollados por los satélites del gobernador. Representaron. Omeya no hizo caso. Entónces recurrieron á la fuerza, impidiendo á los albañiles continuar sus trabajos. Omeya reprimió á los sediciosos y los obligó á entregarle rehenes que respondieran con su cabeza de la sumision de sus familias; pero con esto no adelantó más. Los Yemenitas sabian

que el miedo de atraerse una terrible «vendeta» sobre él y sobre su familia, le había de impedir el matar sus rehenes, y un día, cuando la mayor parte de los soldados habían salido por víveres, asaltaron el palacio. Omeya se subió á toda priesa al terrado, con los pocos soldados que le quedaban, mandó arrojar proyectiles á los sitiadores, é hizo colocar los rehenes á su vista, amenazando mandar cortarles la cabeza. Los revoltosos se burlaron de él y le digeron: «que pues que todas las provincias habían sacudido el yugo del Sultán, era natural que no quisieran que la suya se quedára atrás. Por lo demás, añadieron con amarga ironía; nosotros somos muy tratables, y nos comprometemos á ser el modelo de los súbditos, en cuanto una sola de las provincias insurrectas vuelva á la obediencia.» En cuanto al mismo Omeya no tiene, se digeron, más que un partido que tomar, que es el de irse, y que si se resolvía á hacerlo, no le harían daño alguno.

Omeya cedió á las circunstancias, apesar de su carácter orgulloso y testarudo. Prometió abandonar la ciudad á condicion de que juraran los rebeldes no atentar contra su vida. Entónces Coreb, Ibra-

hin y otros tres jeques subieron al terrado de la puerta oriental de la mezquita, y cada uno juró cincuenta veces no hacer á Omeya ningun mal y conducirlo á lugar seguro. Hecho esto, Omeya, que desde el terrado en que se hallaba, podía verlos y oirlos, les devolvió sus rehenes. Pero no se apresuró á marcharse avergonzado de su debilidad, y creyendo ya pasado el peligro, trató, por el contrario, de recobrar el poder. Apenas se percibieron de ello los Árabes, comenzaron de nuevo las hostilidades, y no queriendo Omeya ceder por segunda vez, tomó una resolucion desesperada. Hizo matar á sus mugeres, cortar los jarretes á sus caballos, y quemar todo lo bueno que poseía, y luego, saliendo de palacio se precipitó sobre sus enemigos, peleando sin retroceder, hasta que sucumbió.

Ya omnipotentes, pero juzgando que el momento de sacudir enteramente el yugo del Sultan no había llegado todavía, le escribieron que habian muerto á Omeya, porque este había manifestado intenciones de rebelarse, y no pudiendo castigarlos el Sultan, aceptó estas esplicaciones, y les envió otro gobernador. Este pobre hombre, no fué más que un maniquí, del que Coreb é

Ibrahim movian los hilos. Dejábase manejar como si fuera de cera, y sin embargo, sus tiranos le atormentaban y le vejaban de todos modos. Economizaban los menores objetos de su despensa y apenas si le daban su racion de pan y carne. Creyendo sin razon que ganaría algo, reemplazó este gobernador por otro, enviando al mismo tiempo á su tio Hixem á Sevilla. Pero como no les envió ejército, el poder de los yemenitas quedó tan ilimitado como ántes. Demasiado lo espermentaron el gobernador é Hixem. Tenía este último un hijo llamado Motarrif, y este jóven libertino tenía relaciones con una querida de Mahdí. Súpolo éste, acechó á su rival una noche, y le dió de puñaladas. Habiendo recibido Hixem esta triste noticia, esperó sin embargo hasta el amanecer para ir al lugar donde yacía el cadáver de su hijo; tanto temía ser asesinado él mismo, si se aventuraba á salir de su palacio estando oscuro. En cuanto á castigar al asesino, ni siquiera se pensó en ello. Algun tiempo despues interceparon los Kaldum una carta que el gobernador había dirigido al Sultan, escitándolo á vengar la muerte de Motarrif, y á poner término á la anarquía. Le enseñaron esta

carta le abrumaron de acusaciones y de amenazas, y para colmo de ignominia lo pusieron arrestado algunos días. (1)

Tal era la situación de Sevilla el año 891, cuarto del reinado de Abdallah. En esta época, casi todo el resto de la España musulmana se había emancipado de la obediencia cada señor árabe, berberisco ó español, se había apropiado una parte de la herencia de los Omeyas. La de los Árabes había sido la menor. No eran poderosos mas que en Sevilla; en todas los demás se mantenían trabajosamente contra las otras dos razas. Muchos de ellos, como Ibn-Ataff, señor de Mentesa, Ibn-Salim, señor de Medina, Beni-Salin, en el distrito de Sidona, Ibn-Waddhah, señor de Lorca y Al-Ancar, gobernador de Zaragoza, no ejecutaban las órdenes del Sultan, más que cuando les convenía, pero no habían roto abiertamente con él, porque teniendo la conciencia de su debilidad, se habían reservado la posibilidad de una reconciliación.

Los Berberiscos, que habían vuelto á su gobierno primitivo, el de los jeques de tribu, eran más poderosos y más intratables.

(1) Ibn-Haiyan, fól. 56 v.,-59 v.

Mallahi, simple soldado, se había apoderado de la ciudadela de Jaen. En el distrito de Elvira, los dos hermanos Khalil y Said, que pertenecian á una familia muy antigua, poseian dos castillos. Las provincias que llevan ahora los nombres de Extremadura y de Alentejo, estaban enteramente casi en poder de los Berberes. Los Beni-Feranic, reinaban sobre la tribu de Nafza, establecida en los alrededores de Trujillo. (1) Otro Berberisco, Ibn-Takit, de la tribu de Mazmuda, que ya se había sublevado en Extremadura, en el reinado de Mohamed, y que se había apoderado de Mérida, de donde había echado á los Árabes y á los Berberiscos de la tribu de Ketama, se hallaba casi constantemente en guerra con el señor de Badajoz Ibn-Merwan, á quien no le perdonaba haber ayudado á las tropas del Sultan cuando asediaron á Mérida. (2) Pero la más poderosa familia berberisca era la de los Ben-Dhu-'n-zun. Su jefe era Muza, un solemne bribon, un gran malvado. Siempre alerta y yendo siempre á su negocio, pa-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 18 r., y v.-99 r. 100 r.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 10 r., y v.

seaba por todas partes la espada y la tea. Sus tres hijos se le parecían en fuerzas y en brutalidad. Eran Yahya el más pérfido y cruel de su raza, Fath, señor de Uclés y Motarif señor de Huete, algo mejor que sus hermanos. Cada uno tenía su partida, con la que saqueaban y robaban.

Más poderosos, aun, que los Berberiscos, los renegados eran también más humanos; muchos de sus jefes eran amigos del orden y de la civilización, pero el carácter de esta civilización era enteramente árabe; aun combatiendo contra los conquistadores, reconocían su superioridad intelectual. En la provincia de Oczonoba (que hoy se llama Algarbe, y que es la más meridional del reino de Portugal) reinaba Becr, biznieto de un cristiano llamado Zadulfo. Su padre Yahya, se había declarado independiente hacia el fin del reinado de Mohamed. Primero se hizo dueño de Santa María, luego de toda la provincia. El mismo Becr que residía en Silves, desplegaba una pompa enteramente régia. Tenía su consejo, su cancillería y tropas numerosas bien armadas y disciplinadas. Se admiraban las ingeniosas fortificaciones de Santa María, sus magníficas puertas de hierro, y su soberbia igle-

sia, (1) que no cedía en reputacion, sino á la llamada «del Cuervo,» á la que se hacía una famosa peregrinacion. (2) Léjos de considerar á los viajeros y mercaderes como su presa, Becr había ordenado por el contrario á sus súbditos que los protegieran y les dieran hospitalidad. Sus órdenes habian sido cumplidas: en la provincia de Osonoba, se decía, el viajero halla amigos y parientes donde quiera. Fuerte con las alianzas que habian contraido con Ibn-Hafzum, Ibn-Merwan de Badajoz, y otros jeques de su raza, Becr era pacífico sin embargo. Habiéndole ofrecido el Sultán reconocerlo como gobernador de la provincia, él aceptó este ofrecimiento, que en el fondo á nada le obligaba. Su vecino y su aliado al norte, era Abdelmelic-ibn-abi-'l-Djawad, que contaba á Beja y Mértola entre sus ciudades principales. Más al este, entre las montañas de Priego, reinaba el valiente Ibn-Mastana, el más activo aliado de Ibn-Hafzun. Sus nu-

(1) Véase sobre esta iglesia Cazwini. t. II, página 364.

(2) La iglesia del Cuervo se hallaba en el promontorio que lleva hoy el nombre de Cabo de San Vicente. Véase Edrisi, t. II, p. 22 y compárese con la «Esp. Sagr.,» t. VIII, p. 187 y sig.

merosos castillos, entre los que se encontraba Carcabulia, (hoy Carbuéy) pasaban por inespugnables. Los señores de la provincia de Jaen eran todos aliados ó vassallos de Ibn-Hafzum, y eran: Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar, que poco ántes de esta época había combatido con Sawar el jeque de los Árabes de Elvira, y le había quitado gran número de castillos; Said-ibn-Hadhail señor de Monteleon; los Beni-Habil, cuatro hermanos que poseían muchas fortalezas, tales como la Margarita y S. Esteban é Ibn-Chalia, que poseía, entre otros castillos, el de Ibn-Omar y el de Cazlona. Este último, que había reunido inmensas riquezas, recompensaba generosamente á los poetas, y vivía suntuosamente.

«Los palacios de nuestro príncipe decía el poeta Obaidis, su secretario, que había abandonado la córte del Sultan, para ir á ponerse á su servicio, (1) los palacios de nuestro príncipe están edificados por el modelo de los del Paraiso, y allí se goza de todas las delicias.... Allí se ven salas que no descansan en columnas, salas en las que el mármol está bordado de oro.» Otro jé-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 33 r.

que, Daisam-Ibn-Ishac, señor de Murcia, de Lorca y de casi toda la provincia de Todmir, gustaba también de la poesía, y disponía de un ejército en que se contaban cinco mil caballos. (1) Por su generosidad y su dulzura se había conciliado el amor de todos sus súbditos. (2)

Pero el adversario más temible del Sultán era siempre Ibn-Hafzum, y en los dos últimos años había obtenido grandes ventajas. Verdad que el Sultán se puso en camino en la primavera de 889 para atacarle en Bobastro. De paso le había tomado algunas plazas insignificantes y destruido algunos sembrados, pero este paseo militar que duró cuarenta días no produjo resultados serios, y cuando apenas el sultán estaba en Córdoba de vuelta, Ibn-Hafzum tomó á Estepa y á Osuna, y entónces los habitantes de Écija, se apresuraron á reconocerle por soberano, rogándole que viniera con sus tropas á la ciudad. «Écija es una ciudad maldita donde reinan la iniquidad y la infamia, decían en Córdoba; los buenos la han abandonado, y no quedan allí más que los malos. (3) Asusta-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 45 r.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 7 r.-23 v.

(3) «Tarikh Ibn-Habid,» p. 158.

do con los rápidos triunfos de su adversario, el Sultan había ya hecho marchar contra él todas las tropas disponibles, cuando Ibn-Hafzum, contento con las ventajas obtenidas, y creyendo que era bueno contemporizar aun, le propuso un acomodamiento. Prometiéndole dejarle en paz, á condicion de que le confiriera de nuevo el gobierno del territorio que poseia. Feliz por verse libre á tan poca costa, el Sultan consintió en su demanda. (1)

Pero Ibn-Hafzum entendía la paz á su manera. Poco despues de haberla concluido atacó al Berber-Bornos Abu-Harb, uno de los más leales servidores del Sultan, que residía en una fortaleza de la provincia de Algeciras. Habiendo sido muerto Abu-Harb en un combate, capitularon sus soldados entregando su fortaleza al renegado.

El sultan no tenía por qué congratularse mucho por las disposiciones pacíficas de Ibn-Hafzun, pero por otra parte, los más ardientes partidarios de éste se quejaban de lo que llamaban su debilidad y su inaccion. No les tenía cuenta, porque para subsistir necesitaban precisamente de razias y de

(1) Ibn-Haiyan, fól. 390 v.-400.

botin. Así que Ibn-Mastana, uno de ellos prefirió á permanecer ocioso hacer una alianza con los Árabes vecinos que acababan de fortificarse en Cala-Yahcib, (Alcalá la Real) y tomar parte en las expediciones que hacían para saquear á las personas honradas que no habían querido sublevarse. Éstas reclamaron el auxilio del Sultán. Muy embarazado, porque ni podía dejar abandonados á sus súbditos, ni tenía bastantes soldados que enviarles, tomó Abdallah el partido de escribir á Ibn-Hafzun para suplicarle que se uniera con sus tropas á las que iba á enviar contra Ibn-Mastana y sus aliados Árabes. Ibn-Hafzun que ya tenía su plan y que estaba algo intranquilo con la alianza que Ibn-Mastana acababa de hacer con los enemigos de su raza, accedió á la demanda del sultán con mayor diligencia de la que éste se hubiera atrevido á esperar; pero en cuanto se unió á la division del general omeya Ibrahim-ibn-Khamir, hizo llegar secretamente á Ibn-Mastana, una carta en que le afeaba su alianza con los Árabes. «Sin embargo, añadía, cuento con vos como uno de los más fieles campeones de la causa nacional. Por lo pronto no teneis mas que hacer que per-

severar en la rebelion. No temais nada, que el ejército en que estoy no os hará ningun daño.» Atribuyéndose un poder ilimitado en el ejército, Ibn-Hafzun nada exageraba. Había eclipsado de tal modo al general omeya, que trataba á los soldados del Sultan como mejor le parecía, los arrestaba bajo diversos pretextos, les quitaba sus caballos para dárselos á los suyos, y cuando Ibrahim-ibn-Khamir le hacía alguna observacion, sabía siempre refutársela de la manera mas plausible. Su marcha á través del país enemigo, no fué mas que un paseo militar, como se lo había prometido á Ibn-Mastana, pero aprovechó la ocasion para entablar inteligencias con todos los Españoles que halló á su paso, y para ir á socorrer á los habitantes de Elvira que acababan de perder contra Sauwar la batalla «de la ciudad.» Como ya hemos dicho ántes fué ménos feliz en esta espedicion de lo que acostumbraba, pero el ligero contratiempo que sufrió no le desanimó de manera alguna. Fuerte con las alianzas que acababa de contraer y apercibiéndose acaso de que sus partidarios se impacientaban con sus con-temporizaciones y su conducta ambigüa, creyó llegado el caso de quitarse la máscara-

ra, y despues de haber puesto preso á Ibrain-ibn-Khamir y á otros muchos oficiales del ejército omeya, se declaró abiertamente contra el Sultan. (1)

Apénas hizo esta declaracion, cuando encontró aliados muy útiles en los cristianos cordobeses. No se encontraban ya estos en aquel tiempo en que para manifestar su ódio á los conquistadores y su celo religioso, no hallaban otro medio que buscar el martirio. En medio del trastorno general, creían poder contribuir á la liberacion de la pátria, tomando las armas. Los mismos que poco tiempo ántes eran instrumentos de los Omeyas, eran ahora sus más encarnizados enemigos. De este número era el conde Servando. Hijo de un siervo de la Iglesia, no había retrocedido en otro tiempo ante ningun género de bajezas por agradar al monarca. Conociendo que para llegar á este fin el mejor medio era llenar el Fisco, abrumaba con impuestos á sus correligionarios, obligándolos así á abjurar de su fé. No contento con matar á los vivos, ni siquiera respetaba á los muertos, porque para aumentar el ódio que los musulmanes tenían á los cristianos, hacía

(1) Ibn-Haiyan, fól. 68 r.-69 v.

exhumar los cuerpos de los mártires de debajo de los altares y los enseñaba á los ministros del Sultán, quejándose de la audacia de los fanáticos que se habían atrevido á dar tan honrosa sepultura á víctimas de la justicia musulmana. Por entónces los cristianos le detestaban sobre toda ponderacion. Los clérigos agotaban el diccionario para encontrar términos injuriosos que aplicarle. Se llamaban insensato, insolente, orgulloso, avaro, rapaz, cruel, testarudo, presuntuoso, decian que tenía la audacia de oponerse á la voluntad del Eterno, y que era un hijo del demonio. Tenían escelentes razones para odiarle como le odiaban. Servando, habiendo puesto á contribucion todas las iglesias de la capital, obligó á estas que no podían pagar á sus sacerdotes á aceptar como tales los hombres cobardes y rapaces que Servando queria darles y que eran pagados por el estado. Además era el enemigo mortal de los llamados mártires y de sus protectores, á los que tendía lazos con una destreza y una astúcia verdaderamente diabólicas. En cierta ocasion había acusado al abad Samson y á Valencio obispo de Córdoba, de haber inducido á uno de sus discípulos á blasfemar de Mahoma, y

entonces dijo al Sultan: «Haga llamar vuestra alteza á Valencio y á Samson y que se les pregunte, si piensan que lo que ha dicho ese blasfemador es cierto. Si dicen que sí, deben ser castigados como blasfemos; si por el contrario el miedo les hace decir que nó mándeles vuestra alteza dar puñales, y ordéneles que maten á ese hombre. Si rehusan ya teneis la prueba de que ese hombre ha sido su instrumento. Que me dén á mí entonces una espada y yo los mato á los tres.» (1)

Pero habían trascurrido veinte años desde que habló de esta manera. Desde entonces los tiempos habian cambiado mucho y los hombres del temple de Servando, cambian con ellos. Dotado de gran prevision se halló de pronto lleno de un ódio violento contra el Sultan que caia, y de una viva simpatía para el jefe del partido nacional que imaginaba iba á subir. Entonces acarició á sus correligionarios que ántes había perseguido, se conchabó con ellos é hizo todo lo posible para promover una sedicion. La córte descubrió alguna cosa de estos manejos é hizo prender á su hermano; pero él avisado á tiempo pudo salvarse con los

(1) Samson «Apologet.,» c. 5, 9.

otros cómplices. Una vez fuera de la capital ya estaba seguro, porque el poder del Sultan no se extendía más allá. No teniendo pues nada que temer, formó el proyecto de apoderarse de la importante fortaleza de Polei, (hoy Aguilar) á una jornada al Sud de Córdoba. (1) Como no estaba mejor guardada que las demás fortalezas del Sultan, logró su propósito, y habiéndose instalado en Polei propuso una alianza á Ibn-Hafzun. Este aceptó gozosamente su oferta, le envió algunos escuadrones y le recomendó que hiciera razias incesantes en la campiña cordobesa. Ninguno podía dirigirlas mejor que Servando que conocía palmo á palmo aquella tierra y que segun convienen los historiadores árabes, era un intrépido caballero. Llegada la noche salía de su castillo á donde volvía al amanecer, y casas destruidas, lugares incendiados y cadáveres insepultos señalaban su camino. Él mismo fué muerto en un encuentro, pero sus compañeros prosiguieron la sangrienta obra que había comenzado. (1)

Ibn-Hafzum, que acababa de tomar á Baena, (2) Se hallaba ya en posesion de las

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 r.-77 v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 69 v.

fortalezas más importantes que se encontraban al sud del Guadalquivir. Casi toda Andalucía le prestaba obediencia; tan convencido de ello estaba el Sultán, que ya no condecoraba á nadie con los vanos títulos de gobernador de Elvira, ni de Jaén. (1) Orgullosa con su poder presente, el jefe de los renegados quiso también hacerlo duradero. Convencido de que bien pronto Córdoba había de caer en sus manos, y que entonces sería dueño de España, conocía también que si permanecía siendo lo que hasta entonces, tendría que luchar contra los Árabes que, de seguro, no habían de someterse á su autoridad, si se presentaba como el jefe de los españoles. Obtener otro título del Califa de Bagdad, ser nombrado por este gobernador de España, tal era su ambición, tal era su proyecto.

Su poder nada padecería, porque los Califas no ejercían más que una autoridad nominal sobre las provincias alejadas del centro del imperio, y si conseguía que el Califa le enviara un diploma de gobernador, podía esperar que los Árabes no rehusaran obedecerlo, pues que entonces no sería ya

(1) Ibn-Haiyan, fól. 71 r.

para ellos un español, sino el representante de una dinastía que respetaban como la primera de todas.

Decidido su proyecto, entabló una negociacion con Ibn-Aghlab gobernador de África por el califa de Bagdad, y para ganárselo le ofreció al mismo tiempo presentes magníficos. Ibn-Aghlab recibió muy bien sus insinuaciones, le envió presentes á su vez, le animó á persistir en su proyecto y le prometió que haría de modo que el Califa le enviase el diploma solicitado. (1)

Esperando, pues, el momento de levantar la bandera abásida, Ibn-Hafzun se aproximó á Córdoba y estableció en Écija su cuartel general. (2) Desde allí iba de cuando en cuando á Polei para apresurar la terminacion de las fortificaciones que habia mandado construir y que debían hacer aquella plaza inespugnable, para llevar refuerzos á los soldados de la guarnicion y para estimular su valor cuando había necesidad. (3) Dentro de algunos meses, quizás dentro de algunos dias, entraría vencedor en la capital.

(1) Ibn-Haiyan fól. 71 r.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 78 r.

(3) Ibn-Haiyan, fól. 70 r y v.-77 v.

Esta era presa de una profunda tristeza. Sin estar sitiada todavía, sufría ya todos los males de un asedio. «Córdoba, dicen los historiadores árabes, estaba en la posición de una villa fronteriza que está espuesta á cada instante, á los ataques del enemigo.» En diversas ocasiones, sus habitantes se despertaban sobresaltados en medio de la noche, con los angustiosos gritos de los infelices campesinos del otro lado del río que degollaban los caballeros de Polei. (1) Una vez llevó su audacia uno de estos caballeros, hasta avanzar al puente y lanzar un dardo contra la estatua que se hallaba encima de la puerta. (2) «El Estado está amenazado de una completa disolución, escribía un contemporáneo, las calamidades se suceden sin descanso, se roba y se saquea, nuestras mugeres y nuestros hijos son arrastrados á la esclavitud.» (3) Todo el mundo se quejaba de la inacción del Sultán, de su debilidad y de su cobardía. (4) Los sol-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 r., 71 r. y 77 v.

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.

(3) «Tarihk Ibn-Habid,» p. 157. Este libro fué compuesto en esta época por un discípulo de Ibn-Habid llamado Ibn-abí-'r-rica. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 32, 33.

(4) Ibn-Haiyan, fól. 77 v.

dados murmuraban porque no se les pagaba. Las provincias habian dejado de enviar sus contribuciones y el tesoro se hallaba vacío. El Sultan había hecho empréstitos, pero empleaba el poco dinero que había recogido en pagar á los Árabes en las provincias que aun se mantenían por él. (1) Los mercados desiertos atestiguaban demasiado la ruina del comercio. El pan estaba á un precio exorbitante. (2) Nadie esperaba en lo porvenir, el miedo se había apoderado de todos los ánimos. «Pronto, escribía el contemporáneo que hemos citado ya, pronto el villano será poderoso y el noble se arrastrará en la abyeccion.» Se refería con terror que los Omeyas habian perdido su paladium, el estandarte de Abderramen I. Los faquíes que miraban todas las calamidades públicas como castigo de Dios y que llamaban á Ibn-Hafzun el azote de la cólera celeste, (3) alborotaban la ciudad con sus predicciones lamentables. «¡Desgraciada de tí, oh Córdoba, decían, desgraciada de tí, vil cortesana, cloaca de impureza y disolucion, morada de ca-

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.; cf. Nowairi, p. 466.

(2) «Tarihk Ibn-Habid.»

(3) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 117.

lamidades y de angustias, desgraciada de tí, que no tienes ni amigos, ni aliados!» Cuando el capitán de la gran nariz *y de la fisonomía siniestra cuya vanguardia se compone de musulmanes y la retaguardia de politeístas, (1) llegue delante de tus puertas, se cumplirá tu fatal destino. Tus habitantes irán á buscar asilo en Carmona, pero será un asilo maldito!» (2) En los púlpitos se tronaba contra la casa de la iniquidad, como llamaban al palacio, y se anunciaba con gran precisión la época en que Córdoba había de caer en poder de los infieles. «¡Infame Córdoba, decía un predicador, Alláh te ha tomado ódio desde que has llegado á ser la cita de los extranjeros, de los malhechores y de las prostitutas; él te hará experimentar su terrible cólera!»..... Ya veis oyentes míos, que la guerra civil asola toda la Andalucía. Pensad, pues, en otra cosa que en las vanidades mundanas!..... El golpe mortal ha de venir de ese lado en que veis las dos montañas, la montaña parca y la montaña negra..... Comenzará en el mes siguiente el de Ramadhan, después

(1) Se sabe que los musulmanes llaman así á los cristianos.

(2) «Tarihk Ibn-Habid,» p. 158.

pasará un mes, despues otro y entónces ocurrirá una gran catástrofe en la gran plaza del palacio de la iniquidad. ¡Habitantes de Córdoba, ocultad bien entónces á vuestras mugeres y á vuestros hijos! Haced de modo que ninguno de los que os sean queridos se halle cerca de la plaza del palacio de la iniquidad, ni en la de la gran mezquita, porque ese dia no se perdonará ni á las mugeres ni á los niños. Esta catástrofe tendrá lugar un viernes entre las doce y las cuatro y durará hasta ponerse el sol. El sitio mas seguro, será entónces la colina de Abu-Abda, donde ántes estaba la iglesia..... (1)

El Sultan era el que estaba acaso mas desanimado de todos. Su trono, aquel trono tan ardientemente ambicionado y que no debía mas que á un fratricidio, se había convertido para él en lecho de espinas. Ya no tenía medios. Había ensayado una política que creía hábil y prudente, y se había frustrado. ¿Qué hacer ahora? Volver á la

(1) «Tarikh Ibn-Habid,» p. 159, 160. Las últimas palabras significan evidentemente que los cristianos de Ibn-Hafzun, respetarían demasiado el lugar donde ántes estaba su iglesia para atreverse á cometer asesinatos en aquel sitio.

vigorosa política de su hermano? Aunque quisiera no podía, ni tenía ejército, ni dinero. Además, la guerra le repugnaba.

Abdallah era un príncipe poltron y devoto que hacía una ruin figura en un campo de batalla. Le fué pues, forzoso perseverar en su política de paz, á riesgo de ser engañado de nuevo por el astuto renegado que le había engañado tantas veces. Pero Ibn-Hafzun, seguro de la victoria, no quería ya acomodarse. En vano Abdallah le suplicaba que le concediera la paz; en vano le ofrecía las más ventajosas condiciones, Ibn-Hafzun rechazaba todas sus ofertas con desden. (1) Cada vez que sufría una repulsa, el Sultán, no esperando ya nada de los hombres se volvía á Dios. (2) Se encerraba en su gabinete como un hermita, (3) ó componía versos tristes como estos:

Todas las cosas de este mundo son transitorias, nada es durable aquí abajo. Apresúrate pues, oh pecador á despedirte de todas las vanidades mundanas y conviértete. Dentro de poco estarás en la caja y echa-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 70 v.

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 111 v.

(3) Véase acerca del respeto que Abdallah tenía por los heremitas, Khochani, p. 322.

rán tierra húmeda sobre ese rostro ántes tan hermoso. Conságrate únicamente á tus deberes religiosos, entrégate á la devocion y trata de hacerte propicio al señor de los cielos! (1)

Una vez sin embargo, cobró ánimo, y esto fué cuando hácia el año de 890, vinieron á ofrecerle de parte de Ibn-Hafzun, la cabeza de Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar. Vió en este acto un rayo de esperanza. Se figuraba que su terrible adversario iba por fin á concederle la paz que tanto tiempo solicitaba; la cabeza de Khair, era para él la prenda de una próxima reconciliacion; Ibn-Hafzun pensaba, se muestra reconocido á los consejos que le había dado, pues que le había avisado de que Khair jugaba con dos barajas, y que al lado de Hafzun reconocía tambien por soberano á Daisam príncipe de Todmir. Estremadamente celoso de su autoridad, Ibn-Hafzun había hecho pronta y terrible justicia. Habiéndole pedido Khair un refuerzo, se lo había enviado; pero dándole orden al mismo tiempo á su teniente que se llamaba en español el Rogol y al-Ohamir en árabe (el Rogillo), la orden

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 16 v.

secreta de cortarle la cabeza al traidor. (1) Por lo demás, Ibn Hafzun sacó bien pronto al Sultan de sus ilusiones. En lugar de negociar fué á sitiar las fortalezas de la provincia de Cabra que aun se mantenían por el Sultan. (2)

La situacion no podía empeorar. Abdallah comprendió al fin que era preciso jugar el todo por el todo, y anunció á sus visires que habia resuelto ir á atacar al enemigo. Los visires estupefactos le representaron los peligros á que iba á esponerse. «Las tropas de Ibn-Hafzun, le decían, son mucho mas numerosas que las vuestras y tenemos que habérmolas con enemigos que no dan cuartel.» No persistió por eso menos en su proyecto, (3) y en verdad que por poco que tuviera el sentimiento de su nacimiento y su dignidad, debía preferir á su actual ignominia, una muerte honrosa en el campo de batalla.

(1) Ibn-Haiyan, fól. 18 v, 70 v,

(2) Ibn-Haiyan, fól. 70 v. 71 r.,

(3) Ibu-Haiyan, fól. 71 v.

XV. (1)

Ibn-Hafzun, supo con mezcla de asombro y de alegría, la atrevida resolución que había tomado el Sultan. «Ya es nuestra esa manada de bueyes! dijo en español á Ibn-Mastana. Que venga ese Sultan! Quienientos ducados al primero que me anuncie que se ha puesto en camino!» Poco despues recibió en Écija la noticia de que la gran tienda del Sultan acababa de ser llevada á la esplanada de Secunda. En seguida formó el proyecto de ir á quemarla. Si este golpe de mano le salía bien, iba á poner en ridículo al Sultan. Ibn-Hafzun, con algunos

(1) Ibn-Haiyan, fól, 71 v.-80 r.

escuadrones, llega al amanecer á la esplanada de Secunda. Cae de repente sobre los esclavos y los arqueros que estaban de guardia en el pabellon, pero estos aunque pocos en número, se defienden bravamente y atraídos por sus gritos los soldados de la ciudad corren á ayudarlos. Como no se trataba en el fondo mas que hacer una jugarreta al Sultan, apénas vió Ibn-Hafzun que iba á acabar mal la empresa, ordenó á sus caballeros volver grupas y marchar á escape á Polei. La caballería del Sultan los persiguió matando algunos.

Por insignificante que hubiera sido este encuentro nocturno, tomó gigantescas proporciones á los ojos de los cordobeses. Cuando al amanecer toda la poblacion de la capital salió al encuentro de la caballería del Sultan, que volvía de su persecucion, con algunos caballos cogidos y algunas cabezas cortadas, no dejó de admirar estos trofeos, y se refería con alegría y con orgullo, que Ibn-Hafzun, huyendo, se había salido del camino real, y que cuando llegó á Polei no llevaba consigo mas que un solo caballero.

Pronto, sin embargo iba á empeñarse un combate más sério, y como se sabía que

tendrían que batirse uno contra dos, no confiaban en el éxito en manera alguna. El ejército del Sultán no se componía mas que de catorce mil hombres, de los cuales solo cuatro mil eran de tropas regulares; Ibn-Hafzun, por el contrario, tenía treinta mil hombres. Sin embargo, el Sultán dió la órden de ponerse en marcha y de tomar el camino de Polei.

El juéves 15 de Abril del año 891, llegó el ejército cerca del riachuelo que corre á media legua del castillo, y segun costumbre se convino por ambas partes en que el combate tendría lugar al dia siguiente.

Este dia, que era para los cristianos Viérnes Santo, (1) el ejército del Sultán se puso en marcha al amanecer, mientras que Ibn-Hafzum formaba sus soldados en batalla al pié de la colina, sobre que estaba el castillo. Estaban llenos de entusiasmo, y en su ardor guerrero se creían seguros de la victoria. No sucedía lo mismo en el campo de Abdallah. Este ejército era su último recurso; con él iba toda la fortuna de los Omeyas; si perecía en un gran desastre, todo estaba perdido. Para colmo de desdi-

(1) Véase la nota C al fin de este tomo.

chas estaba mal mandado, y poco faltó para que su general en jefe, Aldelmelic-ibn-Omeya no lo entregára al enemigo, por una inhábil maniobra. Ya lo había hecho avanzar, cuando desaprobando luego la posición que había tomado, lo ordenó retroceder hasta una montaña que se hallaba al norte de la fortaleza. Comenzaba á ejecutar esta órden, cuando el general de vanguardia, un bravo cliente omeya, llamado Obaidallah, de la familia de los Beni-Abú-Abú-Abdá, corre hácia el Sultán gritando: «Dios mio! Dios mio! ten piedad de nosotros! Adónde os llevan, Emir? Estamos enfrente del enemigo y vamos á vol verle la espalda? Entónces creerá que le tenemos miedo, y vendrá á destrozarnos!» Y decía bien: Ibn-Hafzun se había apercebido de la falta de su contrario y se disponía á aprovecharse de ella. Así que el Sultán no disputó sobre la exactitud de la observación de Obaidallah preguntándole solo lo que había que hacer. «Ir adelante, le contestó el general, atacar con vigor al enemigo, y que se haga la voluntad de Dios!—Haz lo que quieras, le replicó el Sultán.»

Sin perder un momento, Obaidallah volvió enseguida á su división, y la ordenó

caer sobre el enemigo. Las tropas se movieron, pero casi desesperando del suceso. «Qué pensais del éxito de esta batalla? preguntó un oficial al teólogo Abu-Merwan, hijo del célebre Yhaya-ibn-Yhaya, y tan afamado él mismo por su saber y su piedad, que se llamaba «el Chaikh de los musulmanes».—Qué os he de constestar, primo mio? replicó el doctor: no puedo daros otra respuesta que estas palabras del Omnipotente: «Si Dios viene en nuestra ayuda quién podrá vencernos? y si nos abandona, quién nos podrá socorrer?» (1)

El resto del ejército no tenia más confianza que la vanguardia. Los soldados habian recibido orden de depositar su bagaje, de levantar tiendas y formar en batalla; pero en el momento en que se hallaban ocupados en estender un pabellon para el Sultan, se rompió un puntal destinado á sostenerlo de modo que el pabellon cayó por tierra.—«Mala señal,» murmuraron todos. «Tranquilizaos, dijo entónces un oficial superior; eso no anuncia nada malo, porque lo mismo sucedió cuando iba á darse otra batalla, y sin embargo, se alcanzó entónces una bri-

(1) Texto del Coram Sur. III, vs. 154.

llante victoria:» Y diciendo esto, levantó el pabellon con otro puntal que había cogido en los bagajes.

Tambien en la vanguardia, donde ya había comenzado el combate, era preciso que los oficiales y los doctores de la religion, borráran el efecto producido por muchos malos presagios. Dotados de feliz memoria, y acaso de rica imaginacion, no dejaban de citar precedentes siempre que era preciso. En la primera fila combatía Rahici, valiente guerrero que había envejecido bajo la armadura, y al mismo tiempo poeta distinguido. Cada vez que hería con la lanza ó con la espada, improvisaba versos. De pronto cayó herido mortalmente. «¡Mal presagio, gritan los soldados consternados; el primero que cae es uno de nosotros!—Nó, responden los doctores, es por el contrario un presagio felicísimo, porque en la batalla de Guadacelete, en que batimos á los toledanos, el primero que cayó fué tambien uno de los nuestros.»

Pronto se hizo general el combate en toda la línea. Era un zipizape horrible; al ruido de los bélicos instrumentos se mezclaba la voz de los doctores musulmanes y de los sacerdotes cristianos, que recitaban ora-

ciones ó pasages del Coran y de la Biblia. Contra toda esperanza, los realistas del ála izquierda obtenian cada vez más ventajas sobre el ála derecha de Ibn-Hafzun. Despues de haberla hecho retroceder, cortaban cabezas á porfia, y se las llevaban al Sultan, que había prometido una recompensa á cada soldado que le presentase una. Él, por sí, no tomaba parte en el combate. Sentado bajo su pabellon, miraba á los otros combatir por él, y con su hipocresía ordinaria, recitaba versos como estos:

«Que otros pongan su confianga en el gran número de sus soldados, en sus máquinas de guerra y en su valor: yo no pongo la mia mas que en Dios, único y eterno.»

Habiendo sido completamente derrotada el ála derecha de los andaluces, todo el ejército realista cargó sobre el ála izquierda que mandaba Ibn-Hafzum en persona. Pero apesar de sus esfuerzos, y aunque segun costumbre dió pruebas de gran valor, no logró mantener sus soldados en su puesto. Más ardientes que firmes, tan fáciles á la desanimacion como al entusiasmo, desesperaron demasiado pronto del suceso, y ce-

diendo el campo, volvieron la espalda al enemigo. Unos huyeron en dirección de Écija, perseguidos por la caballería realista que los acuchillaba á centenares; otros, entre los que se encontraba el mismo Ibn-Hafzun, fueron á refugiarse al castillo, pero como los fugitivos del ala derecha estorbaban la entrada, los reciénvenidos trataban en vano de abrirse paso, y para salvar á su jefe, los soldados que estaban en las murallas tuvieron que tomarle en brazos y sacarle del caballo para introducirlo en el recinto. Mientras que la multitud se oprimía en la puerta del castillo, los soldados, del Sultán saqueaban el campamento enemigo. Llenos de un gozo tanto mayor cuanto que era mas inesperado, se divertían en lanzar invectivas contra sus adversarios, todos cristianos á sus ojos, que acababan de perder una batalla tan importante, justamente en la antevíspera de Pascuas. «El juego era muy divertido, decía un soldado; hermosa fiesta para ellos! La mayor parte no verán el día de Pascua; qué lástima!— Magnífica fiesta en verdad, replicó otro, con muchas víctimas; toda fiesta religiosa debe tenerlas.—Ved para lo que sirve una buena estocada, añadió un tercero; ellos habían

bebido en la comunión á pote, y si nosotros no le hubiéramos quitado la borrachera, estarían durmiendo la mona todavía!—Sabeis, observó otro que tenía alguna tintura de historia, sabeis que esta batalla se parece exactamente á la de la Pradera de Rahita? También tuvo lugar en un viernes que era fiesta, y nuestra victoria no ha sido menos brillante que la que los Omeyas obtuvieron entónces. Mirad esos guerreros, cómo yacen hecho cuartos al pié de la colina! En verdad que compadezco al suelo condenado á llevar sus cadáveres; si pudiera quejarse no dejaría de hacerlo!» Mas adelante, el poeta de la córte, Ibn-Abd-rabbihi, reproducía estas groseras y brutales chanzas, esas palabrotas de cuartel, en un largo poema de mal gusto y lleno de juegos de palabras pero que tiene el mérito á lo menos de espresar vigorosamente todo el ódio y el desprecio que los realistas tenían á los andaluces.

Los soldados del Sultan tenían mas de que alegrarse. Ibn-Hafzun quería permanecer en el castillo y sostener un sitio, pero los soldados de Écija le declararon que el deber los llamaba á su ciudad, que segun todas las probabilidades, iba á ser sitiada por

el Sultan. Ibn-Hafzun se opuso enérgicamente á su partida, quiso hasta detenerlos á la fuerza en el castillo, pero ellos rompieron la muralla por el lado del norte y huyeron á su ciudad natal. Abandonados así, los otros soldados pretendieron que no eran número suficiente para defender el castillo y que por consiguiente era preciso evacuarlo. Despues de larga resistencia, Ibn-Hafzun accedió finalmente á sus deseos. Á media noche salieron de la fortaleza, pero esto no fué una retirada, sino una fuga precipitada, un sálvese quien pueda general. En medio del horrible desórden y de la oscuridad, el mismo Ibn-Hafzun tardó mucho en encontrar una montura; al fin topó con un miserable jamelgo que pertenecía á un caballero cristiano y habiendo cabalgado en él, no cesaba de aguijarle tratando de hacer trotar á esta maldita bestia que hacía muchos años había tomado la costumbre de no marchar mas que al paso. Preciso era aligerar en efecto. Habiéndose apercebido de la fuga de sus enemigos, los realistas empezaron á perseguirlos. «Y bien, le dijo entónces Ibn-Mastana que galopaba al lado de Ibn-Hafzun, y que á pesar de la inminencia del peligro conservaba entero su buen

humor, su frescura verdaderamente andaluza, tú habías prometido quinientos ducados al que viniera á traerte la noticia de que el Sultan se habia puesto en campaña. Me parece que Dios te ha devuelto esta suma con usura. No es cosa tan fácil vencer á los Omeyas; qué dices tú?—Lo que yo digo, le respondió Ibn-Hafzun, á quien la ira habia quitado la gana de bromas, lo que yo digo es, que de la desgracia que nos ha acontecido tiene la culpa tu cobardía y la de los que te se parecen. Vosotros no sois hombres, vosotros!»

Al amanecer del quinto dia, Ibn-Hafzun llegó á la villa de Archidona, pero no se detuvo allí mas que un momento y habiendo mandado á sus habitantes ir á Bobastro lo mas pronto posible, continuó su camino hácia esta fortaleza.

Por su parte el Sultan, despues de haber tomado posesion del castillo Polei, donde encontró gran cantidad de dinero, de provisiones y de máquinas de guerra, mandó que le dieran el registro donde estaban escritos los nombres de todos sus súbditos musulmanes. Enseguida hizo traer los prisioneros y les anunció que á todos los que estaban inscritos como musulmanes les per-

donaba la vida siempre que jurasen que todavía lo eran, pero que todos los cristianos serian ajusticiados á menos que no abrazasen el Islamismo. Todos los cristianos que eran cerca de cinco mil prefirieron la muerte á la apostasía. Uno solo desmayó cuando ya iba á herirlo el verdugo y salvó la vida pronunciando la profesion de fé musulmana. Los demás sufrieron la muerte con verdadero heroismo y acaso juzgue alguno que estos oscuros soldados merecieron mejor el título de mártires que los fanáticos de Córdoba á quienes había decorado cuarenta años antes.

Habiendo dejado suficientemente guarnecido á Polei, el Sultan fué á sitiar á Écija. Como esta ciudad tenía una guarnicion muy considerable, gracias al gran número de fugitivos que se habian refugiado en ella, hizo una tenaz resistencia. Desgraciadamente no encerraba víveres suficientes para alimentar á todos sus defensores, así que, al cabo de algunas semanas se hizo sentir el hambre, y como aumentaba de dia en dia, fué preciso pensar en la capitulacion. Los andaluces entraron en parlamento, pero el Sultan exigía que se rindieran á discrecion. Ellos se negaron aunque el ham-

bre hacía en la ciudad terribles estragos, de modo que los habitantes desesperados enseñaban desde lo alto de la muralla á los sitiadores sus mugeres y sus hijos hambrientos implorando piedad á grandes voces. Al fin, el Sultán se dejó ablandar. Concedió á los sitiados una amnistía general y cuando recibió sus rehenes, les nombró gobernador, tomó el camino de Bobastro y estableció su campamento cerca de esta fortaleza.

Pero en Bobastro, en una tierra donde conocía todas las colinas, todos los valles y todos los desfiladeros, Ibn-Hafzum era verdaderamente invencible. Demasiado lo sabían los soldados cordobeses. Así que en seguida comenzaron á murmurar. Decían que ya la campaña se había prolongado bastante, que no querían gastar las pocas fuerzas que les quedaban en una operación sin objeto, y que sus adversarios saldrían mas bien pujantes que abatidos de una lucha en la que, cuando se trataba de mantenerse á la defensiva, su superioridad había sido demostrada mas de una vez. Obligado á acceder á sus deseos, el Sultán dió la órden de retirada dirigiéndose á Archidona. Antes de llegar, los cordobeses tuvieron que

pasar un desfiladero muy estrecho donde fueron atacados por Ibn-Hafzun, pero gracias al talento de Obaidallah, salieron de este encuentro con honor. Habiendo ido luego á Elvira, cuyos habitantes le dieron rehenes, el Sultan volvió á Córdoba con su ejército.

XVI.

La victoria obtenida en Polei, salvó al Sultan en el momento mismo que parecía perdido. Polei, Écija y Archidona, centinelas avanzados del partido nacional estaban tomadas, Elvira había vuelto á la obediencia y Jaen de donde Ibn-Hafzun habia retirado sus tropas, había seguido el ejemplo de Elvira. (1) Eran en verdad hermosos triunfos que hicieron tanta mayor impresion en la opinion pública, cuanto mas imprevistos eran. Ibn-Hafzun había perdido mucho de su prestigio, demasiado lo conocía él. Sus embajadores ántes tan acari-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 77 v.

ciados por Ibn-Aghlab, fueron desde entónces friamente recibidos, les decía que él también tenía rebeliones que sugetar y que por consiguiente no tenía comodidad para mezclarse en los asuntos de España. (1) Naturalmente, no se cuidaban en África de apoyar un pretendiente que se dejaba vencer y no se volvió á hablar mas de su nombramiento de gobernador de España por el Califa de Bagdad. Por el contrario, el Sultan se había rehabilitado en el ánimo de muchos. Los ciudadanos pacíficos que cansados del desórden y anarquía, veían en el restablecimiento del poder real, la única tabla de salvacion, tomaban actitud mas firme y decidida. Pero si no se pueden desconocer las ventajas que el Sultan había obtenido, es preciso sin embargo, no exagerarlas. El poder de Ibn-Hafzun habia sufrido un rudo contratiempo, pero estaba léjos de haberse aniquilado; así que no desesperaba de restablecerlo. Por el pronto tenía necesidad de paz y la pidió. El Sultan se declaró propicio á concedérsela siempre que le entregase uno de sus hijos en rehenes. Ibn-Hafzun lo prometió, pero como

(1) Nowairi, p. 466; Ibn-Khaldun, fól. 11 r.

tenía intencion de volver á comenzar las hostilidades, en cuanto le conviniera, engañó al Sultan mandándole nó uno de sus hijos, sino el de uno de sus tesoreros que él habia adoptado. El fraude no fué descubier- to por el pronto, pero luego se tuvieron sospechas, se informaron y habiendo sido descubierta la verdad, el Sultan le censuró su mala fé y le exigió por rehenes un hijo verdadero, y como Ibn-Hafzun no quisiera satisfacer esta demanda la guerra comenzó de nuevo. (1)

El jefe andalúz recobró con sorprenden- te rapidéz el terreno que habia perdido. Sabiendo que podía contar con los habi- tantes de Archidona, envió á esta ciudad hombres de su devocion que lo hicieron tan bien, que el pueblo se insurreccionó. Los empleados á quien el Sultan habia confiado el gobierno de la ciudad, fueron presos durante la noche y entregados á Ibn-Haf- zum cuando éste entró con sus tropas en la ciudad (892.) Poco despues, vinieron dipu- tados de Elvira á comunicarle que aquella ciudad habia sacudido tambien el yugo y que contaban con su apoyo; fué allá y puso

(1) Ibn-Haiyan, fól. 82 r y v.

una guarnicion en la ciudadela. Pero el partido realista que era muy numeroso en Elvira, no se dió por vencido. Secundado por el gobernador de Úbeda tomó las armas, echó á los soldados de Ibn-Hafzun, eligió un Ayuntamiento y trajo á la ciudad al gobernador que el Sultan había nombrado. Los partidarios de la independencia, intimidados por la proximidad del ejército del Sultan que sitiaba entónces á Carabuey, una de las fortalezas de Ibn-Mastana, no se habian opuesto á esta resolucion, pero en cuanto el ejército volvió á Córdoba, levantaron la cabeza y poniéndose en relaciones con Ibn-Hafzun á escondidas del Consejo, aprovecharon la oscuridad de la noche para introducir algunos de sus soldados en la ciudadela, y advertido Ibn-Hafzun del éxito de la empresa por las hogueras que sus partidarios habian encendido, entró tambien con el grueso de sus tropas, mientras que los realistas despertados de improviso por los gritos de júbilo de sus adversarios, quedaron tan estupefactos que no pensaron siquiera resistir. Fueron castigados severamente, todos sus bienes les fueron confiscados. Al gobernador nombrado por el Sultan le cortaron la cabeza.

Dueño de Elvira, Ibn-Hafzum volvió sus armas contra Ibn-Djudi, y los Árabes granadinos. Conociendo que la batalla que se iba á dar sería decisiva, Ibn-Djudi había llamado en su ayuda á todos sus aliados. No dejó por eso de experimentar una terrible derrota y como había tenido la imprudencia de alejarse de Granada, su base de operaciones, sus soldados que tenían que recorrer toda la Vega, ántes de llegar á la fortaleza, fueron acuchillados en gran número. En opinion de los habitantes de Elvira, esta victoria fué, una amplia compensacion de todas las derrotas que habian sufrido ántes. En efecto, los Árabes habian sido tan bien batidos, que no pudieron levantar más la cabeza.

Orgullosos con su triunfo, Ibn-Hafzum marchó contra Jaen. Allí fué tan feliz como lo había sido en Elvira. Se apoderó de la ciudad, nombró un gobernador y dejó tropas. Hecho esto se volvió á Bobastro. (1)

Á escepcion de Polei y de Écija, el año 892 le había devuelto lo que el precedente le había quitado. Durante cinco años su poder permaneció lo mismo poco más ó me-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 800.—82 r.

nos, salvo que perdió á Elvira. Había sorprendido á los realistas de esta ciudad, pero no los había vencido, y su conducta los había exasperado contra él; así que, aprovecharon la primera ocasion para sacudir el yugo. Esta se presentó en 893, cuando el ejército del Sultan, despues de haber hecho una razia en los alrededores de Bobastro, apareció ante las puertas de la ciudad. El príncipe Motarrif que lo mandaba, ofreció entónces una amnistía general á los vecinos, siempre que le entregaran al teniente y á los soldados de Ibn-Hafzum. La influencia de los realistas fué tan grande que los habitantes consintieron en ello y desde entónces Elvira permaneció sujeta. El patriotismo y el amor á la libertad se habian enfriado; además se había combatido más bien contra los Árabes de Granada que contra el Sultan; era contra los Árabes contra los que había sido llamado Ibn-Hafzum, y desde que habian perdido la batalla de Granada, los Árabes habian dejado de ser terribles. Muy debilitados por la derrota, lo quedaron mucho más por la discordia que estalló entre ellos. Ahora estaban divididos en dos facciones, una adicta á Said-Ibn-Djudi; la otra á Mohamed-ibn-Adhha, el

poderoso señor de Alhama, contra el que Said alimentaba un ódio tan violento, que había puesto á tasa su cabeza. La imprudencia de Said y la ligereza de su conducta agravaban la situacion. Con su orgullo, su fatuidad y sus numerosas galanterías se había atraído el ódio de muchos jeques, y al fin uno de ellos, cuya felicidad doméstica había destruido, Abu-Omar Othman resolvió lavar su deshonor con la sangre del seductor. Avisado de que su muger había dado una cita al emir en casa de una judía, fué á ocultarse allí con uno de sus amigos, y cuando llegó Said setiró sobre él y lo mató. (Diciembre de 897.)

Este asesinato llevó á su colmo la discordia. El asesino y sus amigos, tuvieron tiempo de ir á ponerse en seguridad en la fortaleza de Novalejo, al norte de Granada, donde proclamaron emir á Ibn-Adhha. No queriendo malquistarse con el Sultán, le suplicaron que confirmase su eleccion, y trataron de persuadirlo tambien, de que si habian matado á Said había sido en interés del Estado, diciéndole que trataba de sublevarse, y que había compuesto estos versos:

«Vé, mensajero mio, vé á decir á Abdallah,

que solo una pronta fuga puede salvarlo, porque un guerrero temible ha levantado el estandarte de la rebelion en la ribera del rio de las cañas. ¡Hijo de Merwan, vuélvonos el poder; es á nosotros, á los hijos de los beduinos á quien pertenece de derecho! Pronto! que se me traiga mi alazan con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla mas que la suya!»

Acaso estos versos eran realmente de Said, por lo menos no son indignos de él. Sea de esto lo que quiera, el Sultan que se complacía de que estos Árabes hubieran condescendido de presentarle una justificacion de su conducta, dió su sancion á todo lo que habian hecho. Pero los antiguos amigos de Said no reconocieron á Ibn-Adhha. El asesinato de su jefe los había llenado de indignacion y de cólera. Inconsolables con su pérdida, olvidaban todos sus faltas, y todos los agravios que les habian hecho, para no acordarse mas que de sus virtudes. Uno de ellos, Micdam-Ibn-Moafa, á quien Said había hecho azotar, sin que hubiera merecido este castigo, le compuso sin embargo este poema:

¿Quién alimentará y vestirá á los pobres, ahora que yace en la tumba el que era la

generosidad misma? Que los prados nose cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga, porque ha muerto Ibn-Djudi, y ni hombres ni génios verán otro semejante!

«Qué, exclamó un Árabe cuando oyó recitar estos versos; elogiaís al que os ha mandado dar azotes?—Por Dios, respondió Micdam, que me ha hecho un bien aun con esa sentencia inícua; porque el recuerdo del castigo que me hizo sufrir me ha apartado de una multitud de pecados que cometía ántes. ¿No le debo por esto, reconocimiento? Además, desde que me hizo azotar he sido siempre injusto con él; creéis que hé de continuar siéndolo ahora que ya no existe?» (1)

Otros, que habian sido amigos íntimos de Said, estaban sedientos de venganza. «El vino, decía Azadí en un largo poema: el vino que el escanciador me sirve, no recobrá ya su gusto para mí, hasta que mi alma obtenga lo que desea, hasta que vea á los caballeros correr á rienda suelta á vengar al que era ántes su orgullo y su alegría!»

Said fué vengado en efecto por sus ami-

(1) Maccari, t. II, 361.

gos, pero los Árabes continuaron peleando sin tregua. El Sultan y los Andaluces no tenían, pues, otra cosa que hacer que dejar que se degollaran mutuamente. (1)

La sumision de Elvira fué para el Sultan una gran ventaja. Obtuvo otras además; persuadido de que no ganarian nada con hacer la guerra á Ibn-Hafzun, volvía sus armas con preferencia contra otros rebeldes menos poderosos. Su intencion no era reducirlos, no intentaba quitarles sus ciudades, ni sus castillos, quería únicamente obligarles á pagar tributo. (2) Para esto hacía que su ejército hiciera una ó dos expediciones al año. Se le destruian los sembrados, se le quemaban lugares, se le sitiaban fortalezas, y cuando el rebelde consentía en pagar tributo y en dar rehener, se le dejaba en paz para atacar á otro. Este género de expediciones no podian producir resultados prontos, decisivos, ni brillantes; pero traia al ménos resultados muy ventajosos. El Tesoro estaba vacío, y

(1) Ibn-Haiyan, fól. 83 r., 22 r. y v., 23 r., 47 v., 48 r., 92 v.; Ibn-al-Khatib, en mis «Notices,» p. 259.

(2) Véanse los versos de Ibn-Colzom (así es como Khochani p. 308 pronuncia este nombre) en Ibn-Adhari, t. II, p. 143.

el gobierno comprendía demasiado bien, que para hacer la guerra en grande, era preciso proveerse del nervio de la guerra, es decir, de dinero, y con estas razias se lo procuraba. La de 895 fué muy feliz. Se dirigió contra Sevilla. Esta ciudad seguía siempre en la misma situacion: el Sultan tenía un gobernador; su tio Hicham residía allí tambien, pero los Khaldum y los Haddjadj reinaban de hecho. Estos jeques estaban muy contentos de su posicion, que le proporcionaba todas las ventajas de la independencia sin sus peligros; hacian todo lo que querian, no pagaban tributo, y sin embargo, no estaban en guerra con el monarca. Creian, pues, que nada podian hacer mejor en su provecho que perpetuar este estado de cosas, así que cuando en el año 895 vino un empleado del Sultan á convocar la nobleza para la guerra, Ibrahin-ibn-Haddjadj y Khaleb-ibn-Khaldun, hermano de Coreb, se apresuraron á responder al llamamiento é ir á Córdoba con sus contingentes. Su aliado Soliman de Sidona y su hermano Maslama siguieron su ejemplo.

Todo el mundo estaba en la idea de que se iba á hacer una espedicion contra los renegados de Todmir. ¡Cuál no sería el

asombro y el espanto de Coreb cuando supo que en lugar de marchar el ejército á levante, iba á marchar contra Sevilla, que Soliman había hallado medio de escaparse, pero que los otros oficiales y soldados de Sevilla y de Sidona habían sido presos de orden del Príncipe Motarrif!

Era preciso tomar medidas prontas y decisivas. Coreb las tomó. Habiendo hecho ocupar por los suyos todas las puertas de palacio, corrió á la sala donde se encontraba el Príncipe Hicham. «Buena noticia! le dijo con los ojos inflamados de cólera! acabo de saber que Motarrif ha puesto preso á mi hermano y á los demás parientes míos que estaban en el ejército; pues bien, yo le juro por lo más sagrado, que si el Príncipe se atreve á atentar á la vida de uno solo, te corto la cabeza. Verémos hasta dónde lleva su audacia; entretanto tú y todos los tuyos, seréis mis prisioneros. Ninguno de tus criados saldrá de palacio bajo ningún pretexto, ni siquiera para comprar víveres. Yo sé que no los hay aquí pero eso no me importa. Decide tú mismo, si te acomoda ver suspendida sobre tu cabeza la espada mortal, y si te agrada la perspectiva de morir de hambre. No tienes mas que un medio

de salvar la vida; escribe al Príncipe, dile que tu cabeza me responde de la vida de mis parientes, y haz de modo que me los vuelva.»

Conociendo que Coreb no era hombre de pararse en amenazas, Hicham se apresuró á obedecerle, pero la carta que escribió á Motarrif no tuvo el resultado que se había prometido: el Príncipe, en lugar de devolver la libertad á sus prisioneros, continuó su marcha hácia Sevilla, é intimó á Coreb que le abriera las puertas. Temiendo por la vida de sus parientes, y no queriendo emprender nada, ántes que las tropas auxiliares de Niebla y de Sidona que esperaba, hubiesen llegado, Coreb juzgó prudente mostrarse moderado y tratable. Permitió, pues, á los soldados del Sultán entrar en la ciudad por pelotones y comprar víveres; además prometió pagar el tributo y volvió la libertad al Príncipe Hicham, que se apresuró á marchar de la ciudad.

Volviendo entónces sus armas contra el Maá dita-Talib-ibn-Maulud, (1) atacó Motarrif sus dos fortalezas, Montefique (sobre

(1) Se ha visto antes que este señor había sido aliado de los renegados de Sevilla.

el Guadaira) y Monteagudo. (1) Después de haberse defendido vigorosamente. Talib prometió pagar tributo, y entregó rehenes. Medina-ibn-as-Salim y Véjer siguieron su ejemplo. Lebrija fué tomada por asalto, y Motarrif puso allí una guarnición; pero Solimán, á quien pertenecía esta fortaleza, y que estaba entónces en Arcos, atacó al ejército del Sultán, ántes que llegára á Mairena, y le causó gran pérdida. Motarrif furioso con este contratiempo, se vengó haciendo cortar la cabeza á tres parientes ó amigos de Soliman que se hallaban entre los prisioneros.

A fines de Agosto, el ejército se hallaba de nuevo delante de Sevilla. Motarrif creía que Coreb se mostraria tan sumiso como la primera vez, pero se engañaba. Coreb se había aprovechado del respiro que le habian dejado para ponerse en estado de defensa, y habiendo llegado sus aliados á la ciudad, estaba dispuesto á no ceder. Motarrif se encontró, pues, con las puertas cerradas. Entónces hizo cargar de cadenas á Khaled-

(1) Monteagudo se encontraba cerca de Jerez. Véase á Maldonado «Ilustraciones de la casa de Niebla», (en el «Memorial histórico,» t. IX) p. 95.

ibn-Khaldun, Ibrahim-ibn-Haddjadj y á otros prisioneros; pero esto no le sirvió de nada. Léjos de dejarse intimidar, Coreb salió de la ciudad y atacó bruscamente á la vanguardia. Hubo un momento en que se temió un desastre; pero habiendo conseguido los oficiales rehacer á sus soldados, fueron rechazados los Sevillanos. Entónces Motarrif mandó torturar á Khaled é Ibrahim y atacó á Sevilla durante tres dias consecutivos. No consiguió nada, pero queriendo vengarse cuanto le fuera posible de los Khaldun y de los Haddjadj, se apoderó de un castillo situado sobre el Guadalquivir, que pertenecía á Ibrahim, y habiendo quemado los bajeles que halló en la rada, mandó arrasar el edificio, y dando un hacha á Ibrahim, le obligó á trabajar, encadenado de pies y manos, en la destruccion de su propia fortaleza. Habiendo demolido enseguida otro castillo que pertenecía á Coreb, tomó de nuevo el camino de Córdoba. (1)

Habiendo vuelto el ejército á la capital y habiendo llegado el tributo de Sevilla, un visir aconsejó á su señor que, si bien habia ensayado ganarse á Ibn-Hafzun, no ha-

(1) Ibn-Haiyan, p. 59 v.-62 r.; 84.-87 r.

bía hecho hasta entónces ninguna tentativa para reconciliarse con la aristocracia árabe, volver la libertad á los prisioneros obligándolos con juramento á obedecerle én adelante. «Si teneis estos nobles, prisioneros, le dijo, servireis los intereses de Ibn-Hafzun que no dejará de apoderarse de sus castillos. Ensayad mas bien atraéroslos por el lazo de la gratitud y os ayudarán entónces á combatir al jefe de los renegados.» Dejóse persuadir el Sultán é hizo saber á los prisioneros que los pondría en libertad á condicion de que le dieran rehenes y que juraran cincuenta veces en la gran mezquita permanecerle leales. Prestaron los juramentos exigidos y dieron los rehenes entre los que se encontraba el primogénito de Ibrahim, llamado Abderramen; pero apenas volvieron á Sevilla, violaron sus juramentos, rehusaron el tributo y se pusieron en abierta rebelion. (1) Ibrahim y Coreb, dividieron la provincia entre sí, de modo que, cada uno de ellos tomó la mitad. (2)

Las cosas permanecieron en este pié hasta el año 899, pero la discordia debía esta-

(1) Ibn-Haiyan, fól. 62 r. y v.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 128.

llar inevitablemente entre los dos jefes eran demasiado iguales en poder para que pudieran permanecer amigos. Así que, no tardaron en querellarse y entónces el Sultan atizó el fuego todo lo posible. Refería á Coreb los términos injuriosos con que Ibrahim hablaba de él y avisaba á Ibrahim de los malos propósitos que Coreb tenía en contra suya. Un dia, que había recibido de Khaled una carta muy ofensiva para Ibrahim y que había escrito debajo su respuesta, la dió entre otras á uno de sus criados encargándole que la mandase. El criado tuvo el descuido de dejarla caer. Un eunuco la encontró, la leyó y esperando una buena recompensa se la dió á un enviado de Ibrahim, rogándole que la entregase á su señor. Cuando Ibrahim echó los ojos sobre este escrito no dudó ya de que los Khaldun no atentaran á su poder, á su libertad y acaso á su vida; pero comprendiendo al propio tiempo que para vengarse de ellos debía recurrir á la astucia, se mostró muy amable, y los convidó á comer. Acudieron á su invitacion y durante la comida les mostró la carta de Khaled y los abrumó de reproches. Entónces Khaled se levantó, y sacando un puñal de la manga hirió á Ibrahim en la ca-

beza, le desgarró el turbante y le hizo una herida en la cara, pero Ibrahim llamó á sus soldados que se precipitaron sobre los dos Khaldun y los asesinaron. Ibrahim hizo cortarles las cabezas, y habiéndolas arrojado al pátio, atacó á sus guardias que estaban alli, mató á algunos y dispersó á los demás.

Desde entónces era el único señor de la provincia, pero conociendo que le era preciso justificar su conducta ante el monarca que aun conservaba su hijo en su poder, le escribió diciéndole que no había podido obrar de otra manera, que los Khaldun lo habían incitado siempre á la rebeldía, pero que, en el fondo de su alma, no había participado jamás de su manera de pensar, y que si el Sultan quería nombrarle gobernador, él proveería á todos los gastos del servicio y le daría además siete mil ducados anuales. El Sultan aceptó su ofrecimiento, pero envió al mismo tiempo á Sevilla á un tal Casim á fin de que gobernára la provincia juntamente con él. Ibrahim no se cuidaba de que tenia un cólega, así que al cabo de algunos meses indicó á Casim que podía muy bien pasarse sin él.

Habiéndose desembarazado tan caballe-

rescamente de Casim, quiso tambien que el Sultan le devolviera á su hijo. Pidióselo en diversas ocasiones, pero siempre en vano; el Sultan rehusaba tenazmente desprenderse de este rehen. Esperando entónces que lograría intimidar al monarca, le negó el tributo y propuso una alianza á Ibn-Hafzun, (900) (1)

Esta oferta agradó estremadamente al jefe andalúz, que tres años ántes se había vuelto á posesionar de Écija. (2) El año anterior había al fin pasado la meta, despues de haber vacilado mucho, había abrazado el cristianismo con toda su familia. En el fondo de su alma hacía mucho tiempo que era cristiano. Solo el temor de perder sus aliados musulmanes le había impuesto hasta entónces cierto género de violencia y le había impedido seguir el ejemplo de su padre que había vuelto al gremio de la Iglesia muchos años ántes. (3) Los sucesos habían mostrado que sus aprensiones no eran completamente infundadas. Yhaya hijo de Anatolio y uno de sus teniente mas distin-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 128, 129; Ibn-Haiyan, fól. 62 v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 90 v.

(3) Véase Ibn-Haiyan, fól. 82 v.

guidos le habia abandonado, quiso servir al musulman Ibn-Hafzun, pero su conciencia le vedaba seguir bajo las órdenes del cristiano Samuel, (tal era el nombre que Omar se hizo dar cuando recibió el bautismo.) (1) Ibn-al-Khali, señor berberisco de Cañete, que hasta entónces habia sido su aliado, le había declarado la guerra y trataba de acercarse al Sultan. El paso que había dado, había producido una sensacion profunda donde quiera. Los musulmanes se decían con horror que en los dominios del «maldito,» las mas altas dignidades estaban servidas por cristianos, que los verdaderos creyentes no tenían allí nada que esperar y que se les trataba con una desconfianza marcadísima. Secundada por los faquies, la córte esplotaba hábimemente estos rumores, mas ó menos fundados, y trataba de persuadir á los fieles que su salvacion eterna estaba en peligro si nó se levantaban como un solo hombre para aplas-

(1) Ibn-Haiyan. fól. 98 v., 102 v. Este cronista quiere hacer creer que las primeras proposiciones vinieron de parte de Ibn-Hafzun, pero la situacion en que se hallaban ambos partidos prueban suficientemente que los primeros pasos se dieron por el Sultan.

tar al «infame.» (1)

En tales circunstancias, nada podía ser mas grato á Ibn-Hafzun, que las proposiciones que recibió de parte del señor de Sevilla. El buscaba aliados por todas partes, había entrado en negociaciones con Ibraim ibn-Casim, señor de Acila (en África,) (2) con los Beni-Casi, (3) y con el rey de Leon, (4) pero una alianza con Ibn-Haddjadj era de fijo preferible para él, porque lo rehabilitaría, así al ménos lo esperaba, en el ánimo de los musulmanes. Apresuróse, pues, á concluirla y habiéndole enviado Ibrahim dinero y caballería, su poder llegó á ser mas formidable que nunca. (5)

El Sultan jugaba con desgracia; hiciera lo que quisiera, su política se volvía siempre en contra suya. La tentativa que había hecho para reconciliarse con el más poderoso de los señores árabes, había fracasado lo mismo que los esfuerzos intentados ántes para ga-

(1) El «Khabilh» como decían los Árabes. Ibn-Haiyan, fól. 95 r. y v.

(2) Vita Beatæ Virginis Argentææ, c. 2.

(3) Ibn-Ahdari, t. I p. 241.

(4) Ibn-Haiyan, fól. 94 v., 95 r.

(5) Ibn-Khaldum, fól. 11 v.

narse al jefe del partido español. Su posición era ahora deplorable.

Para ponerse en estado de resistir á la liga que se había formado contra él, tenía que oponerle todas sus tropas y renunciar, por consiguiente, á las expediciones que mandaba hacer todos los años, á fin de obligar á los otros rebeldes á pagarle tributo; corría pues el riesgo de sucumbir por falta de dinero. Era evidente que no podía elegir, no le quedaba mas que un partido que tomar; humillarse delante de Ibn-Hafzun, y hacerle proposiciones de paz bastante ventajosas para que él quisiera aceptarlas. Ignoramos las que le hizo; solo sabemos que las negociaciones fueron largas, que se pactó la paz en 991 y que Ibn-Hafzun envió á Córdoba cuatro rehenes, entre los que se contaban uno de sus tesoreros llamado Khalaf, é Ibn-Mastana. (1)

Pero esta paz fué de corta duracion. Sea que á Ibn-Hafzun no le tuviera cuenta, sea que el Sultán no cumpliera las cláusulas del tratado, ello es que la guerra comenzó de nuevo en 902. En este año, Ibn-Hafzun tu-

(1) Ibn-al-Cutia, fól, 45 v.; Ibn-Haiyan, fóllo 92 v., 63 r.; Ibn-Adhari, t. II, p. 129.

vo una entrevista con Ibn-Haddjadj, en Carmona. «Enviadme, le dijo, vuestros mejores ginetes, al mando del «noble árabe» (quería designar con este nombre á Tadjil-ibn-abi-Moslim, general de la caballería sevillana,) porque tengo intencion de probar mis fuerzas en mis fronteras con Ibn-abi-Abda. Espero batirle, y al dia siguiente saquearemos á Córdoba.» Tadjil, que se hallaba en esta conversacion, y que como verdadero Árabe tenía más simpatías por la causa del Sultan que por la de los españoles, se sintió herido del tono seguro y desdeñoso con que Ibn-Hafzum había pronunciado estas palabras. «Abu-Hafz, le dijo, no desprecieis el ejército de Ibn-abi-Abda. Es á la vez pequeño y grande, y aun cuando toda España se reuniera contra él, no volvería las espaldas.--Noble señor, le respondió Ibn-Hafzum, en vano intentais hacerme cambiar de opinion. ¿Qué puede ese Ibn-abi-Abda? ¿Cuántos soldados tiene? En cuanto á mí, tengo mil seiscientos caballos; añadid á estos los quinientos de Ibn-Mastana, y los vuestros, que acaso sean otros quinientos. Cuando todas estas tropas estén reunidas, nos merendaremos al ejército de Córdoba.--Puede uno ser rechazado, repli-

có Tadjil; puede uno ser batido..... Por lo demás, no podeis quererme mal, porque no os anime en vuestro proyecto, pues que conoceis los soldados de Ibn-abi-Abda, tan bien como yo.»

Apesar de la oposicion de Tadjil, Ibn-Haddjadj aprobó el plan de su aliado y mandó á su general que se reuniera con él. Informado Ibn-Hafzun por sus espías de que el general omeya acababa de dejar el Génil y había establecido su campo en el distrito de Estepa fué á atacarlo. Y aun cuando no tenía aun mas que su caballería, consiguió un brillante triunfo matando mas de quinientos hombres al enemigo. Por la tarde, llegó al campamento su infantería, compuesta de quince mil hombres. Sin dejarla tiempo para descansar, le dió orden de estar pronta para ponerse en camino, y entrando en la tienda de Tadjil:

—Vamos ¡noble señor, le dijo, salgamos á campaña!

—¿Contra quién? le preguntó Tadjil.

—Contra Ibn-abi-Abda.

—¡Abu-Hafz, querer obtener dos victorias en un mismo dia seria tentar á Dios; sería mostrarnos ingratos para con él! Habeis llenado de vergüenza al general enemigo, le

habeis dado un golpe tan terrible que tardará mucho tiempo en reponerse. En diez años no podrá devolvéroslo. Guardaos ahora de obligarlo á tomar una resolucion desesperada.

--Vamos á abrumarlo con fuerzas tan superiores, que tendrá que dar gracias á Dios si tiene tiempo de montar á caballo y buscar su salvacion en la fuga.

Tadjil se levantó entónces y mandó traer sus armas, pero mientras que se abrochaba la coraza, exclamaba: «Dios es testigo de que no tengo parte en este proyecto temerario!»

Mientras que los coaligados, esperando sorprender al enemigo se ponían en marcha, guardando el más profundo silencio, Ibn-abi-Abda, avergonzado todavía de su derrota, se hallaba á la mesa con sus oficiales. De pronto llamó su atencion una nube de polvo que se veía á lo lejos. Uno de sus mejores oficiales, Abd-al-wahid Rutí salió en seguida de la tienda á ver lo que era. «Amigos míos, dijo cuando volvió: la oscuridad me impide distinguir bien los objetos, pero me parece que Ibn-Hafzum viene sobre nosotros con su caballería y su infantería, y que piensa sorprendernos.» En un cerrar

de ojos todos los oficiales tomaron las armas, corrieron á sus caballos, saltaron encima, y llevaron á los suyos al encuentro del enemigo. Cuando se encontraron en presencia de éste, muchos oficiales se pusieron á gritar: «Tirad las lanzas y combatid al arma blanca!» Esta órden fué ejecutada inmediatamente, y entónces los realistas atacaron á sus adversarios con tanto ímpetu que les mataron mil quinientos hombres y los obligaron á refugiarse en su campamento.

Á la mañana siguiente recibió el Sultan la noticia de que el ejército había sufrido primero una derrota, y en seguida había conseguido una victoria. Irritadísimo contra los coaligados dió la órden de matar sus rehenes. Cortaron la cabeza á tres de los rehenes de Ibn-Hafzun y el cuarto que era Ibn-Mastana, salvó su vida, prometiendo ser fiel al Sultan en adelante. (1) Tocábale el turno á Abderramen hijo de Ibn-Haddjadj, pero su padre no había escaseado dinero ni promesas para procurarse amigos en la córte, y no cesaba de decir que, en cuanto el Sultan le devolviera su hijo, él

(1) Ibn-Haiyan, fól. 1 v., 2^av.

volvería á la obediencia. (1) Uno de sus amigos era el Eslavo Badr, y este Badr se animó á tomar la palabra en el mismo instante en que iban á cortar la cabeza á Abderramen. «Señor, dijo al Sultán; perdonad mi audacia y dignaos escucharme: los rehenes de Ibn-Hafzun han perdido la vida, pero si haceis ahora matar también al hijo de Ibn-Haddjadj, haréis así que estos dos hombres permanezcan unidos contra vos hasta su última hora. Es imposible ganarse á Ibn-Hafzun, porque es español, pero no es imposible ganarse á Ibn-Haddjadj porque es árabe.

El Sultán mandó llamar á sus visires, (2) y les pidió consejo. Todos aprobaron el que Badr acababa de dar. Cuando se fueron, Badr habló al Sultán de nuevo, y le aseguró que si devolvía la libertad al hijo de Ibn-Haddjadj, podría contar para lo futuro con la fidelidad del jeque sevillano. Luego, viendo que el monarca dudaba aun, fué á rogar á uno de sus amigos más influyentes, el te-

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 129.

(2) Ningun Sultán habia tenido tantos visires á la vez. Algunas veces tuvo trece. Ibn-Haiyan, fól. 5 r.

sorero Todjibi, que dirigiera al Sultán una memoria en que le indujese á seguir el consejo que Vadr le había dado. La lectura de este escrito venció las vacilaciones de Adhallah que encargó á Todjibi de ir á poner á Abderramen en manos de su padre. (1)

Renunciamos á describir el gozo que experimentó Ibn-Haddjadj cuando pudo al fin estrechar contra su corazón al hijo querido que había pedido en vano durante seis largos años. Esta vez supo mostrarse más reconocido que ántes. Cuando, decía en la carta que había dirigido al Sultán, después de la muerte de los Khaldun, que éstos lo habían inducido á la rebelión, parece que decía la verdad, Coreb había sido su ángel malo, y desde que este hombre pérfido y ambicioso no existía, se condujo de otro modo. Sin romper con Ibn-Hafzun, al que continuó enviando regalos, (2) dejó sin embargo de ser su aliado, y en lugar de mostrarse hostil al Sultán, le envió regularmente su

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 45 v.-47 r. Ibn-Haiyan (fól. 96 y sig.,) ha copiado este relato, pero según una redacción algo diferente y en lugar de colocarlo en el año 279 de la Hegira, lo ha puesto por error en el 287.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.

tributo y su contingente de tropas. Su posición respecto al Soberano, era la de un príncipe tributario, pero en sus dominios ejercía un poder absoluto. Tenía su propio ejército que pagaba, como el Sultán pagaba el suyo; nombraba todos los empleados de Sevilla, desde el Cadí y el Prefecto de policía hasta el último portero y alguacil. No carecía de nada de lo que constituye la régia pompa; tenía un consejo áulico, una guardia de quinientos caballeros, y un manto de brocado, sobre que estaban bordados sus nombres y sus títulos, con letras de oro. Por lo demás, ejercía noblemente el poder. Justo, pero severo, era inflexible para los malhechores, y mantenía el orden con la mayor firmeza. Príncipe y mercader, hombre de letras y amigo de las artes, recibía por los mismos bajeles los presentes de los príncipes de Ultramar, los tejidos de las ciudades manufactureras de Egipto, los sábios de la Arabia y las cantadoras de Bagdad. La bella Camar, cuyas prendas había oído alabar tanto, que la hizo comprar por una suma enorme, y el beduino Abu-Mohammed Odhrí, filólogo de Hidjaz, eran los mas bellos ornatos de su córte. Este último, que cada vez que oía una frase in-

correcta ó una palabra impropia, tenía costumbre de exclamar: «¡Ah ciudadanos, qué habeis hecho de la lengua!» era un oráculo cuando se trataba de la pureza del lenguaje ó de la delicadeza de la espresion. La ingeniosa Camar, unía á su talento músico, natural elocuencia, génio poético, y noble orgullo. Un dia que unos tontos infatuados con su nacimiento, habian denigrado su origen y su pasado, compuso estos versos:

Ellos se digeron:—Cuando Camar llegó aquí estaba encueros; hasta entónces su oficio había sido conquistar corazones á fuerza de lánguidas miradas; caminaba meditada en el lodo de los caminos; iba errante de ciudad en ciudad; es de baja estraccion; su lugar no es entre los nobles, y su único mérito consiste en saber escribir cartas y versos. ¡Ah! si no fueran unos rústicos no hablarían así de la estrangera! ¡Qué hombres Dios mío, esos que menosprecian la verdadera, la única nobleza, la que dá el talento! ¿Quién me librará de ignorantes y de estúpidos? ¡Ah! la ignorancia es la cosa mas vergonzosa del mundo, y si fuera preciso que una mujer lo fuera para entrar en el paraiso preferiría que el Criador me mandara á los infiernos.

En general me parece que hacía gran

caso de los Árabes españoles. Acostumbrada á la exquisita cortesía que reinaba en Bagdad, se hallaba fuera de su sitio en un país que había conservado demasiados restos de la rudeza antigua. Solo el Príncipe halló gracia á sus ojos y en su alabanza compuso estos versos:

En todo el Oeste, no hay mas hombre verdaderamente generoso que Ibrahim, que es la generosidad misma. Nada mas grato que vivir á su lado, y cuando se ha tenido esa felicidad seria un suplicio vivir en otra parte. (1)

Cuando condenaba así la generosidad de Ibrahim no exageraba. En este punto todo el mundo era de su opinion; así que los poetas de Córdoba á quienes el avaro Sultan dejaba casi morir de hambre, corrían en masa á su córte con el poeta laureado Ibn-Abd-rabbihi á la cabeza. Ibrahim los recompensaba siempre con una muni-

(1) Salimi, («apud.» Maccari, t. II, p. 97) cita una poesía que atribuye á Camar y de donde se podría inferir que padecía de nostalgia, pero estos versos son evidentemente de un hombre y no de una muger.

ficencia verdaderamente régia. Solo una vez no dió nada y esto fué cuando Calfat satírico muy mordaz le recitó un poema lleno de amargos sarcasmos contra los ministros y cortesanos de Córdoba. Aunque tuviera acaso quejas de algunos de estos personajes, Ibn-Haddjadj no hizo ningun signo de aprobacion y cuando el poeta hubo concluido le dijo friamente: «Te has engañado si has creído que un hombre como yo puede gustar de oír tan innobles injurias.» Calfat volvió á Córdoba con las manos vacías. Contrariado y furioso comenzó á vomitar su hiel:

No me riñas decía, no me riñas esposa mia, si no dejo de llorar desde el viaje que acabo de hacer. Este viaje me ha causado mi dolor de que no podré consolarme nunca. Esperaba encontrar allí un hombre generoso y no he encontrado mas que un estúpido buho!

Ibn-Haddjadj no era hombre que aguantara semejantes groserías. Desde que supo el modo con que el poeta se vengaba le mandó á decir: «Si me dejas de difamarme te juro por lo mas sagrado que te haré

cortar la cabeza en Córdoba en tu misma cama!» Desde entonces Calfat, no hizo ya más sátiras contra el señor de Sevilla. (1)

(1) Ibn-Haiyan, fól. 8 v.-11 r.-97 v.-98; Ibn-Adhari, t. II, p. 130, 132; Maccari, t. II, p. 97.

XVII.

La reconciliacion del Sultan con Ibn-Hadjadj, fué el principio de una nueva era, la del restablecimiento del poder real. Sevilla había sido el punto de apoyo de la rebellion en todo el Oeste, en cuanto este punto de apoyo llegó á faltarles, todos los demás distritos desde Algeciras á Niebla, volvieron á la obediencia. (1) Durante los nueve últimos años del reinado de Abdallah, pagaron el tributo con tanta exactitud que no fué preciso enviar tropas por esta parte. El Sultan podía, pues, dirigir todas sus fuerzas contra el Mediodía. Tan feliz resultado ha-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.

bia sido debido á los prudentes consejos de Bard; así, que el Sultan le estaba muy agradecido y le dió las pruebas mas visibles de su reconocimiento. Confióle el título de visir, lo admitió en su intimidad y le concedió una confianza tan grande que aunque Bard no tuviera el título de primer ministro lo era sin embargo de hecho. (1)

En el Mediodía fueron además las armas del Sultan casi siempre felices. Su ejército tomó á Jaen en 903, en 905 ganó la batalla de Guadalbollon contra Ibn-Hafzun é Ibn-Mastana; en 906 quitó Cañete á los Beni-al-Khalí; en 907 obligó á Archidona á pagar tributo; en 909 arrancó á Luque á Ibn-Mastana; en 910 tomó á Baeza, y al año siguiente, los habitantes de Iznajar se sublevaron contra su señor Fadhl-ibn-Salama, yerno de Ibn-Mastana, y enviaron su cabeza al Sultan. (2) Aun en el Norte hubo una notable mejoría. Hubo un momento en el año de 898 en que se temió que el mas poderoso español del Norte y el mas poderoso español del Mediodía llegaran á aliarse.

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 47 r.; Ibn-Haiyan, fólio 4 r., 9. v.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 1 v., 2 v., 104 r. y v., 105 r., 106^o v., 107^o v.

Mohamed ibn-Lope de la familia de los Beni-Casi había prometido ir á la provincia de Jaen para conferenciar con Ibn-Hafzun. La guerra que tenía que sostener contra el gobernador de Zaragoza al-Ancar, le impidió venir en persona, pero en su lugar envió á su hijo Lope. Ya había llegado este á la provincia de Jaen donde esperaba á Ibn-Hafzun, cuando recibió la noticia de que su padre había muerto en el sitio de Zaragoza, (Octubre de 898) y entónces se volvió á su pátria sin esperar la llegada de Ibn-Hafzun. No volvió á hablarse mas de este proyecto de alianza que había inspirado á la córte muy sérios temores, (1) y Lope léjos de mostrarse hostil al Sultan, solicitó con empeños su favor, así que éste lo nombró gobernador de Tudela y de Tirazona. Lope gastó sus fuerzas en guerras continuas contra sus vecinos, tales como el señor de Huesca, el rey de Leon, el conde de Barcelona, el de Payares y el rey de Navarra hasta que fué muerto en una batalla que dió á este último. (907) (2) Su hermano Abdallah

(1) Ibn-Haiyan, fól. 94 v., 95 r.; cf. 12 v., 13 r; Ibn-al-Cutia, fól. 47 v.; Ibn-Adhari. t. II, p. 143; Manuscrito de Meya.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 13 r., 89 v., 94 v.; Arib, t. II, p. 145, 146, 147.

que le sucedió, volvió también sus armas nó contra el Sultan, sino contra el rey de Navarra. (1) Los Beni-Casi habian dejado pues de ser terribles para los Omeyas.

Evidentemente, las cosas tomaban en todas partes un aspecto mas tranquilizador. En Córdoba se miraba ya el porvenir con mas confianza. Los poetas hacían oír cantos de victoria que no se habian oído hacía muchos años. (2) Sin embargo, el poder real no había hecho todavía mas que progresos muy lentos, cuando Abdallah murió el 15 de octubre de 912 á la edad de sesenta y ocho años y veinte y cuatro de reinado.

El presunto heredero de la corona se llamaba Abderramen. Era hijo del primojénito de Abdallah, del infortunado Mahomed que había sido asesinado por su hermano Motarrif, de órden de su padre. (3) Huérfano desde su más tierna infancia, había sido educado por su abuelo, que atormentado sin cesar por los remordimientos de su conciencia, parece haber concentrado en es-

(1) Arib, t. II, p. 147, 152, 153.

(2) Véanse los versos que se encuentran en Ibn-Haiyan. fól. 105 r.

(3) Véase mi introducción á la crónica de Ibn-Adhari, p. 47, 50.

te niño todo el cariño de que era capáz, y al que hacía mucho tiempo había designado para sucederle. (1) Pero Abderramen no contaba todavía veintidos años (2) y podía temerse que sus tios ó los hermanos de su abuelo le disputáran la corona, porque no había ley de sucesion, y cuando el trono estaba vacante, subía á él de ordinario el mayor ó el más capáz de la familia. Contra todo lo que era de esperar, nadie se opuso á la elevacion de Abderramen, y lo que es más, todos, príncipes y cortesanos, saludaron con alegría este suceso, en el que vieron la prenda de un porvenir de prosperidad y de gloria. Era que el jóven príncipe había sabido ya hacerse amar y había inspirado á todos los que lo conocian una alta idea de su talento. (3)

Abderramen III al proseguir la obra comenzada por su abuelo, siguió un camino enteramente contrario. Á la política circunspecta y tortuosa de Abdallah, substituyó una política franca, atrevida, audáz,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 162.

(2) Habia nacido el 14 de enero de 891.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 162; Arib, t. II, p. 163; compárese con los dos versos que cita Maccari, tomo II, p. 508.

amigo íntimo de Mohamed y todavía recientemente en el sitio de Sevilla, se les había visto siempre juntos. Así que el Sultán no se engañó en sus esperanzas Casim cumplió su misión con tanto tacto é inteligencia, habló tan bien y con tanto atractivo que Mohamed acabó por prometer que iría á la corte, siempre que se le permitiera dejar su teniente en Carmona y habiendo consentido en ello el Sultán, fué á Córdoba con numeroso séquito, (Abril de 914.) El monarca lo recibió con las mayores consideraciones, le hizo grandes regalos como también á sus hombres de armas, le confió el título de visir y le indujo á acompañarle en la nueva expedición que iba á emprender. (1)

Esta vez, el Sultán tenía intención de atacar á la insurrección en su punto central, en la Serranía de Regio. No podían esperarse aquí, en verdad, tan rápidas y tan brillantes ventajas, como las que se habían obtenido el año precedente en las provincias de Jaén y de Elvira. En la Serranía de donde el Islamismo había sido desterrado casi por completo, había que habérselas con cristianos y Abderramen había esperimen-

(1) Ibn-Adhari. t. II, p. 134, 135.

tado ya que los españoles cristianos se defendían con mayor tenacidad que los españoles musulmanes. El creía sin embargo, que aun entre los cristianos habría algunos que, persuadidos no solo de su firmeza, sino tambien de su lealtad, se someterían espontáneamente. Y en efecto, el gobierno, preciso es decirlo en su abono, obraba con la mayor rectitud con los cristianos que habian capitulado. Había ocurrido recientemente, que la querida de un señor cristiano, que se había rendido un año ántes, y que residía entónces en Córdoba, se había dirigido al Cadí diciéndole, que, siendo musulmana y de condicion libre, deseaba salir de la dependencia en que estaba, puesto que no era permitido á un cristiano tener á una musulmana por concubina. Pero apénas supo el ministro Badr que se había presentado esta demanda, cuando envió uno al Cadí á que le dijera en su nombre: «El cristiano de que se trata no se ha rendido sino en virtud de una capitulacion. No es lícito violarla, y vos sabeis mejor que nadie que, los tratados deben ser observados escrupulosamente. No trateis pues, de quitar esa esclava á su señor.» El Cadí un poco sorprendido con este mensaje, se figuró que el

ministro usurpaba sus atribuciones. «¿Es verdad que el hadjib es quien os envía?» preguntó al mensajero, y cuando este le hubo respondido afirmativamente dijo: «Pues bien, id á decir á vuestro señor que mi deber es respetar todos los juramentos y que no puedo esceptuar el que yo mismo he prestado. Voy á ocuparme, dejándolo todo, del negocio de esa señora que es musulmana y libre, notadlo bien.» Cuando hubo recibido esta respuesta, no pudo dudar el ministro de la disposicion en que se encontraba el Cadí. Sin embargo, todavía le mandó decir: «No es mi intencion impedir el curso de la justicia y nunca me permitiría exigir de vos una sentencia inícuca. Todo lo que os pido es que, tomeis en consideracion los derechos que ha adquirido ese señor cristiano haciendo un tratado con nosotros. Sabeis que tenemos el deber de tratar á estos cristianos con equidad y con las mayores consideraciones. Ahora, decidid vos mismo lo que debeis de hacer.» (1)

Se dejó persuadir el Cadí ó creyó por el contrario que la ley estaba por cima de los tratados? Se ignora; pero la conducta de

(1) Khochani, p. 333 y 334.

Badr en esta circunstancia, prueba en todo caso la sinceridad del gobierno y el espíritu de conciliación que le animaba. Era una política noble y hermosa, añadamos á esto que era propia del carácter de Abderramen. Era este monarca tan poco exclusivo, que quiso una vez dar el empleo mas elevado de la magistratura, el de Cadí de Córdoba, á un renegado cuyos padres eran cristianos todavía y costó mucho trabajo á los faquíes hacerle abandonar este proyecto. (1)

No se engañó Abderramen en sus esperanzas respecto á los castellanos cristianos de la Serranía. Muchos de ellos pidieron y obtuvieron indulto, pero Tolox, cuya guarnición animaba Ibn-Hafzun con su presencia, se defendió con tanta tenacidad, que el Sultan no pudo tomarlo. Una vez la guarnición hizo una salida y hubo entónces un combate muy sangriento. (2) Otro castillo hizo tambien tanta resistencia que, colérico Abderramen, juró no beber vino, ni asistir á ninguna fiesta hasta que la hubiera tomado. Pronto se halló desligado de su juramento, porque no solo tomó este castillo,

(1) Khochani, p. 336.

(2) Arib, t. II, p. 171.

sino tambien otro. (1) Hacia la misma época, su armada le hizo un gran servicio, apoderándose de muchos bajeles que traían víveres á Ibn-Hafzun; á tal estrechéz estaba ya reducido este jefe que tenía que provisionarse en África. (2)

Volviendo á su capital, pasó el Sultan por Algeciras, y luego por las provincias de Sidona y de Moron, quería ir á Carmona y el 28 de junio de 914, llegó ante las puertas de la ciudad.

Habib, teniente de Mohamed, había levantado el estandarte de la rebelion. ¿Lo había hecho de motu proprio? Parecía dudoso; se decía que había sido por inspiracion de su señor y Abderramen que creía la acusacion fundada, quitó á Mohamed la dignidad de visir y lo metió en la cárcel. Despues sitió á Carmona. Habib no se defendió mas que veinte dias, al cabo de los cuales pidió y obtuvo el «aman.» En cuanto á Mohamed, como ya no era temible, lo pusieron pronto en libertad, pero no gozó mucho de esta gracia porque murió en Abril

(1) Akhbar madjmua, fól. 116 r. y v.

(2) Arib, t. II, p. 171.

de 915. (1) Fué el último de los Haddjadj que hizo papel en la historia.

En 915, una terrible hambre ocasionada por una gran sequía no permitió emprender la campaña. Los habitantes de Córdoba morían á millares y faltaban brazos para enterrar los muertos. El Sultán y su ministro hicieron todo lo posible para aliviar la miseria, pero les costó mucho trabajo contener á los insurgentes que acosados por el hambre, salían de sus montañas para apoderarse de los pocos víveres que quedaban aun en las vegas. (2) El año siguiente fueron conquistadas Orihuela y Niebla, y ya el Sultán había restablecido de tal modo su poder, que pudo hacer razias contra los cristianos del Norte, (3) cuando la muerte vino á librarlo de su enemigo mas temible, pues el año 917 espiró Ibn-Hafzun. Este suceso causó gran alegría en Córdoba, pues nadie dudó ya de que la insurreccion había de ser bien pronto sofocada. (4)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 135; Arib, t. II, página 171, 172.

(2) Arib, t. II, p. 173-175.

(3) Arib, t. II, p. 176, 177.

(4) Arib, t. II, p. 178.

El héroe español que durante más de treinta años había desafiado á los invasores de su pátria, y que tantas veces había hecho temblar á los Omeyas en su trono, debía bendecir la Providencia, que le hacía morir en aquella hora, librándolo así de ver el triste espectáculo de la ruina de su partido. Murió indómito, en aquellas circunstancias era todo lo que le era lícito esperar. No le fué dado librar á su pátria y fundar una dinastía, pero es preciso reconocer en él un héroe verdaderamente extraordinario, y tal como España no lo había producido desde que Viriato juró libertar á su pais de la dominacion romana.

XVIII.

La guerra en la Serranía duró dos años aun. Omar-ibn-Hafzun había dejado cuatro hijos; Djafar, Soliman, Abderramen y Hafz, que casi con una sola escepcion habian heredado, si nó los talentos, por lo menos el valor de su padre. Soliman se vió obligado á rendirse (en Marzo de 918) á alistarse en el ejército del Sultan, y á tomar parte en las campañas contra los reyes de Leon y de Navarra. (1) Abderramen que gobernaba en Tolox, y para el que los libros tenian mas atractivo que las armas, se rindió tambien y habiendo sido llevado á Córdoba, pasó el

(1) Arib, t. II, p. 178; Ibn-Khaldum, fól. 13 v.

enemigo de términos médios anunció arrogantemente á los insurrectos españoles, árabes y berberiscos, que lo que quería de ellos no era un tributo, sino sus castillos y sus ciudades. Prometía á los que se sometieran ámplio y entero perdon y amenazaba á los otros con un castigo ejemplar.

Parece á primera vista que semejantes pretensiones debían reunir contra él á toda España. No sucedió así, su firmeza no indisponía, dominaba; y la línea de conducta que siguió, léjos de ser insensata era la que claramente indicaba el estado de las cosas y de los espíritus.

Era que todo lo había cambiado poco á poco. La aristocrácia árabe no era yá lo que fué al principio del reinado de Abdallah. Ya había perdido sus jefes más ilustres, Said-ibn-Djudi y Coreb-ibn-Khaldun, habían muerto yá, Ibrahim-ibn-Haddjadj acababa también de morir, (1) y no había ninguno con suficiente talento ni consideracion para ocupar el puesto que la muerte de estos hombres superiores habían dejado vacío. Quedaba el partido español; este con-

(1) En 910 ó en el año siguiente; véase á Arib, t. II p. 153 (cf. p. 150) Ibn-al-Abbar, p. 97. La fecha que se halla en Ibn-Adhari, t. II, p. 132 es errónea.

servaba aun la mayor parte de sus jefes, y no parecía haber perdido mucho de su poder. Pero estos jefes se iban haciendo viejos y el partido mismo no era yá lo que treinta años ántes, cuando lleno de amor y de entusiasmo se había levantado de comun impulso á la voz de Ibn-Hafzuí, para sacudir el yugo de la dominacion extranjera. Este primer ardor se había calmado y enfriado. Á la ardiente y vigorosa generacion de 884 había sucedido otra nueva, que no tenía ni los agravios, ni la arrogancia, ni la fiereza, ni las pasiones, ni la energía de la que le había precedido. No habiendo sido oprimida por el poder real, no tenía motivos para odiarlo. Se quejaba, es verdad, se sentía grandemente desgraciada, pero los males que deploraba no eran los del despotismo sino los de la anarquía y la guerra civil. Veía cada dia á las tropas del Sultan, ó á las de los insurrectos, asolar campos que prometian una abundante cosecha; cortar olivos en flor y naranjos cargados de fruto; incendiar cortijos y lugares; pero lo que no veía, lo que siempre esperaba en vano era el triunfo de la causa nacional. Ciertó que el trono del Sultan vacilaba á veces, pero un momento despues estaba de nuevo firme como

una roca. Esto era poco animador. Acaso no formulaban su pensamiento íntimo, pero sentían instintivamente, á no dudar, que cuando una insurreccion nacional no consigue su objeto al primer ímpetu, no lo alcanza jamás. Tal había sido la impresion general cuando los sucesos alternaban para los dos partidos. Mucho peor debía ser cuando los insurrectos no hacian mas que sufrir reveses, y en lugar de adelantar atrasaban. Comenzóse entónces á preguntar de qué habia servido la muerte y la ruina de tantos bravos y si valía la pena de dejarse robar ó matar por una causa que el cielo no quería favorecer. La poblacion de las grandes ciudades, es decir, la que estaba mas deseosa de reposo y bienestar, había sido la primera á hacerse esta prégunta, y no hallando respuesta satisfactoria, se había dicho, que bien considerado todo, valía mas una paz á toda costa con industria y esperanza de enriquecerse, que la guerra patriótica con desórden y anarquía. Elvira se había sometido espontáneamente, Jaen se había dejado tomar y Archidona había consentido en pagar tributo. En la Serranía, cuna de la insurreccion, el entusiasmo había tardado más en enfriarse, pero tam-

bien allí se comenzaban á manifestar síntomas de cansancio y de desanimacion. Ya no se apresuraban los serranos á afiliarse en la bandera nacional, de modo que Ibn-Hafzun se había visto obligado á seguir el ejemplo del Sultan, tomando á sueldo mercenarios de Tánger. (1) Desde entónces la guerra perdió mucho de su carácter primitivo. Se hizo más ruinosa, porque el objeto que se proponian ambas partes, era impedir que el enemigo pudiera pagar á sus tropas africanas; pero ya no tenía la salvaje energía de otras veces, ya había dejado de ser sangrienta. Los berberiscos de Tánger, siempre prontos á pasarse á las banderas enemigas por el menor aumento de sueldo, (2) no consideraban la guerra mas que como un juego lucrativo y corrían bien con sus enemigos, porque sus enemigos habian sido la víspera sus camaradas, y acaso lo volverían á ser al dia siguiente. En muchos de estos combates no habia más que dos ó tres muertos y hasta hubo algunos en que no murió nadie. Cuando habian sido heridos algunos hombres y cortádose los jarretes á algunos caba-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 910 v.

(2) Véase la nota D, al fin de este tomo.

llos, se creía haber hecho lo suficiente. (1) Pretender conquistar la independencia con semejantes soldados, cuando el levantamiento en masa de una población entusiasta é irritada no había sido bastante para lograrlo, era, demasiado lo conocían, un proyecto quimérico. El mismo Ibn-Hafzun parece que estaba convencido de ello, porque el año 909 reconoció por soberano á Obaidallah-el-Xiita que acababa de quitar el Norte de África á los Aghlabitas. (2) Esta singular alianza no produjo ningun fruto, pero prueba que Ib-Hafzun empezaba á no contar con sus compatriotas.

Añádanse á estas causas de decaimiento general de las convicciones y de los ánimos, la profunda desmoralización de los castellanos, sobre todo en las provincias de Jaen y Elvira. Estos señores habían olvidado por completo que habían tomado las armas por un motivo patriótico. En sus torres, que se elevaban hasta las nubes, se habían convertido en salteadores sin fé ni ley, que desde lo alto de sus almenas acechaban á los caminantes y caían sobre ellos con la rapi-

(1) Ibn-Haiyan, «passim.»

(2) Ibn-Khaldum, fól. 11 .

déz de aves de rapiña, sin distinguir de amigos ni de enemigos. En todos los lugares y en todas las ciudades, se maldecía á estos tiranos, y el que rompiera sus colosales torres y derribara las murallas de sus detestados castillos, podría contar seguramente con la gratitud de las poblaciones cercanas. ¿Quién lo había de hacer, si el Sultán no lo hacía? ¿No era natural que las esperanzas del pobre pueblo se dirigieran á él?

Preciso es notar además, que la lucha había perdido el carácter nacional y por decirlo así universal, que había tenido en su origen para convertirse en meramente religiosa. (a) Hasta entónces, Ibn-Hafzun no había hecho distincion entre musulmanes y cristianos, no preguntaba á nadie la religion que profesaba, bastábale que fuera español, que quisiera combatir por la buena cáusa y que supiera manejar una espada. Pero

(a) Nótase esta singular coincidencia, la guerra en el norte de España, que tiende á hacerse meramente religiosa en tiempo de Alonso el Casto, adquiere nuevo vigor desde que el pueblo personificado en Bernardo lo obliga á que tome un carácter decididamente patriótico. Lo contrario sucede en la insurreccion en el Mediodía. (N. del Tr.)

desde que él é Ibn-Mastana, (1) su mas poderoso aliado habian abrazado abiertamente el cristianismo, desde que devolviendo á la religion su antigua pompa habian hecho edificar por todas partes soberbias iglesias, no sucedía otro tanto. Ahora, Ibn-Hafzun ó Samuel, como él se hacía llamar, no concedía su confianza mas que á los cristianos y solo eran para ellos los puestos lucrativos y las altas dignidades. Bobastro se había hecho el foco de un fanatismo tan austero y tan sombrío como el que sesenta años ántes había animado á los monjes cordobeses. La misma hija de Ibn-Hafzun, la entusiasta y valerosa Argentea daba ejemplo. Resistiendo á las instancias de su padre, que cuando perdió á su muger Colomba, quiso encargarla de los cuidados domésticos, había fundado, en el palacio mismo, una especie de convento y desesperando como tantos otros del triunfo de los Andaluces, se dejaba devorar por la sed del marmartirio, habiéndole predicho un monje que estaba destinada á morir por Cristo.

(1) Véase los versos que se hallan en Ibn-Haiyan, fól. 105 r. y v.

(1) Este celo por la religion cristiana y este desden hácia los musulmanes, no agradaban del todo á una parte de los que hasta allí habían combatido por la independencia de la pátria. Muchos de ellos á pesar del ódio que profesaban á los Árabes, eran sincera y fervientemente adictos á la religion que les habían enseñado, pues es sabido que el español es siempre un creyente exaltado cualquiera que sea la religion que adopte. Otros, los que ántes eran siervos y sus descendientes, querían impedir á toda costa, que el cristianismo llegara á ser de nuevo la religion dominante, porque si llegaba á serlo, no dejarían de resucitarse antiguas pretensiones de que serían víctimas. La religion habia llegado á ser, por consiguiente el tizon de la discordia. Donde quiera, los españoles musulmanes y los españoles cristianos se miraban con ojos celosos y desconfiados; en algunos distritos llegaron á hacerse una guerra mortífera. En la provincia de Jaen, el renegado Ibn-az-Chalia cuando volvió á tomar á Cazlona, fortaleza que le habían quitado los cristia-

(1) Vita Beat. Virg. Argentæ, c. 2, 3.

nos, pasó toda la guarnición á cuchillo. (898) (1)

De modo que este partido era mucho menos fuerte que parecía. No tenía ya aquel fuego sagrado que únicamente puede hacer realizar acciones grandes y heróicas, estaba desunido, no subsistía mas que pagando mercenarios africanos, estaba cansado de desórdenes y contaba en su seno multitud de personas que no repugnaban la idea de una reconciliación con el Sultan defensor natural de la ortodoxia, siempre que este Sultan no fuera Abdallah. Reconciliarse con ese tirano misántropo é hipócrita que había envenenado á dos de sus hermanos y hecho ejecutar á otro, que había mandado matar dos de sus hijos por simples sospechas sin formación de causa; (2) reconciliarse con semejante mónstruo era imposible. Pero ya él había muerto y su sucesor no se le parecía en nada. Este príncipe tenía todo lo que es menester para atraerse la confianza y las simpatías del pueblo, todo lo que agrada, deslumbra y subyuga. Tenía ese exterior que no reciben en vano los re-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 143.

(2) Véase Ibn-Adhari, Introduccion p. 44 y 62.

presentantes del poder, á la gracia que seduce, juntaba la magestad que impone. (1) Todos los que se le acercaban alababan sus talentos, su clemencia y la bondad de que ya habia dado pruebas, ordenando la reduccion de impuestos. (2) Interesaba además á las almas sensibles por la triste suerte de su padre asesinado en la flor de su edad y no se había olvidado de que hubo un dia en que este mismo padre buscó asilo en Bobastro, afiliándose entónces bajo el estandarte nacional.

Subía, pues, al trono el jóven monarca, bajo muy favorables auspicios. Las grandes ciudades no deseaban otra cosa que abrirles las puertas. Écija les dió ejemplo. Dos meses y medio despues de la muerte de Abdallah (el 31 de Diciembre de 912) se entregó á Badr que la sitiaba, y que acababa de recibir el título de «Hadjib» (primer ministro.) (3) Pero Abderramen quería cojer él mismo laureles en el campo de batalla. Desde la Primavera, (en Abril de 913) tomó el mando del ejército para reducir á los cas-

(1) Ibn-Adhari. t. II p. 161.

(2) Idn-Khaldun, fól. 12 v.

(3) Véase Arib, t. II, p. 165 y 164.

tellanos de Jaen. Hacía muchos años que las tropas no habían visto un Sultán á su cabeza; desde su campaña de Carabuey, en 892, Abdallah no se había presentado en el campo, (1) y la ausencia del Soberano había ejercido sin duda una perniciosa influencia en la moral de los soldados. Así, que ahora, saludaron con entusiasmo al joven y esclarecido monarca, que quería participar, no solo de su gloria, sino de sus fatigas y sus peligros.

Cuando llegó á la provincia de Jaen, supo Abderraman que Ibn-Hafzun había tramado inteligencias con el partido revolucionario de Archidona, (2) y que esperaba hacerse dueño de esa ciudad. Destacó en seguida una brigada, y ordenó al general que la mandaba ir á Archidona á toda prisa. El general lo hizo tan bien que frustró las esperanzas de Hafzun.

El Sultán por su parte fué á poner sitio á Monteleon. El señor de este castillo Said-ibn-Hodhail, uno de los mas antiguos aliados de Ibn-Hafzun, quiso mejor negociar

(1) Ibn-Haiyan, fól. 81 r.

(2) Arib se engaña cuando piensa que ya en esta época Málaga era la capital de la provincia de Regio. Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 322, 323.

que combatir. El domingo envistieron la fortaleza, el miércoles se rindió. Ibn-as-Chalia, Ishac-ibn-Ibrahin, el señor de Mentesa y otros siete castellanos esperaron apenas á que el Sultan llegára delante de las puertas de sus casas señoriales, para someterse y pedir el «aman.» Abderramen se lo concedió, los envió á Córdoba bajo buena escolta con sus mugeres y sus hijos, é instaló á sus tenientes en las fortalezas que acababan de abandonar. En la provincia de Elvira todo pasó de la misma manera, y el Sultan no encontró resistencia hasta llegar á Fiñana. Aquí los partidarios de Ibn-Hafzun estaban encima, y habían persuadido á los otros vecinos, que la ciudad era inespugnable. La resistencia no fué larga sin embargo. Habiendo visto arder las casas situadas en la pendiente de la montaña en cuya cima estaba la ciudad, los tibios comenzaron á negociar y consintieron en entregar á los exaltados, como el Sultan pedía. Luego se aventuró Abderramen en los senderos casi inaccesibles de Sierra-Nevada. Allí tambien se rindieron todos los castellanos, sin excepcion alguna. Entónces supo que Ibn-Hafzun amenazaba á Elvira. Sin perder un momento el Sultan envió tropas

en su socorro, y en cuanto recibió este res- fuerzo, la milicia de Elvira, que se picaba de celosa, se puso en marcha para rechazar al enemigo, lo encontró cerca de Granada, lo puso en fuga é hizo prisionero á un nieto de Ibn-Hafzun.

En este entretanto, Abderramen sitiaba á Juviles, donde los cristianos de otros casti- llos habian buscado refugio. El sitio duró quince dias, al cabo de los cuales los anda- luces musulmanes imploraron la clemencia del Soberano y prometieron entregarle á los cristianos que estaban con ellos. Cumplie- ron su promesa y todos los cristianos fue- ron descabezados. Luego, pasando por Sa- lobreña y tomando el camino de Granada, el Sultan atacó y tomó á San Estéban y á Peña Forata, dos nidos de buitres que eran el ter- ror de los habitantes de Elvira y de Gra- nada.

Desde entónces las provincias de Elvira y de Jaen quedaron purgadas de bandidos y pacíficas. Una campaña de tres meses bas- tó para obtener tan importante resulta- do. (1)

(1) Arib, t. II, p. 166-169.

Tocóle entónces el turno á la aristocrácia Sevillana.

  la muerte de Ibrahin-ibn-Haddjadj, su hijo mayor. Abderramen, le había sucedido en Sevilla, y el segundo, Mahomed, en Carmona; pero habiendo muerto Abderramen, en 913, Mohamed ( dolo de los poetas á quienes colmaba de dones como su padre) quiso tambien hacerse proclamar en Sevilla. No lo consiguió. Había dado ya pasos para acercarse al monarca, y en Sevilla querian permanecer independientes; se le acusaba además de haber hecho envenenar   su hermano, lo que acaso no era más que una calumnia. Eligieron, pues, en perjuicio suyo   su primo hermano, Ahmed-ibn-Maslama, un valiente guerrero. Mohamed quedó profundamente resentido y como el Sultan, que no había querido reconocer al nuevo señor, envi ra un ejército contra Sevilla, aquel vino   la córte   ofrecer sus servicios, que el Sultan aceptó.

El sitio fué llevado con tanto vigor que Ahamed ibn-Maslama se vió muy pronto obligado á buscar un aliado. Dirigi se   Ibn-Hafzun que vino una vez mas al socorro de la aristocracia árabe amenazada. Pero la fortuna le había vuelto las espaldas. Ha-

biendo salido de Sevilla con sus aliados para atacar las tropas del Sultan, que habian establecido su cuartel general en la ribera derecha del Guadalquivir, experimentó una derrota tan terrible que dejando á los sevillanos componérselas como pudieran, se volvió á toda prisa á Bobastro.

Ahamed ibn-Maslama y los demás nobles sevillanos, comprendieron que era inútil prolongar la resistencia. Abrieron negociaciones con Bard, que acababa de llegar al campamento, y cuando obtuvieron la promesa de que el gobierno conservaría los usos y costumbres que habian tenido bajo los Haddjadj, abrieron las puertas de la ciudad, (20 de Diciembre de 913.) (1)

Mohamed ibn-Haddjadj, que se había figurado que si se tomaba Sevilla sería en provecho suyo y á quien habian ocultado cuidadosamente la negociacion entablada, quedó sorprendido cuando recibió una carta de parte de Badr en que le decía que la ciudad se había rendido y que por tanto podía retirarse. Retiróse en efecto, pero con el corazon lleno de ira y jurando venganza.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 133, 124; Arib, t. II, p. 169.

Al volver á Carmona, se apoderó de un ganado que encontró y que pertenecía á unos vecinos de Córdoba. Luego se encerró en su fortaleza y se puso á desafiar al Sultán. Este no se enfadó con él. Le envió un empleado de su córte, que le dió á entender de una manera á la vez firme y política, que ya habian pasado los tiempos de que los nobles podian apoderarse impunemente de los bienes agenos y que por consiguiente habia que entregar el ganado robado. Mohamed se dejó persuadir y restituyó el ganado; pero apesar de su singular talento desconocía aun la nueva faz que habian tomado los tiempos. Habiendo sabido que el gobernador hacia arrasar las murallas de Sevilla, quiso aprovecharse de la ocasion para apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, y el dia menos pensado fué á atacarla. Fracasó su temeraria empresa y el Sultán tuvo una vez mas la dignacion de enviarle uno que le pusiera al corriente de las nuevas ideas. El prefecto de policia Casim ibn-Walid-el-Khelbita, fué el encargado de esta mision. No podia hacerse eleccion mas acertada; Casim, que bajo el reinado de Abdallah habia sido durante algunos meses, el colega de Ibrahim-ibn-Haddjadj, era el

resto de su vida en copiar manuscritos. (1) Pero el poder de Djafar era todavía formidable, por lo menos el Sultán lo creía así, porque, cuando sitiaba á Bobastro en 919, no rehusó entrar en tratos con él, y cuando Djafar le ofreció rehenes, y un tributo anual aceptó la proposición. (2) Sin embargo, poco despues Djafar, cometió una falta muy grave, que debió serle fatal. En su opinion, su padre se había equivocado al declararse cristiano con toda su familia, y hasta cierto punto tenía razon, pues es incontestable que Ibn-Hafzun se había enagenado el corazón de los Andaluces musulmanes, con su cambio religioso, solo que una vez hecho, ni ibn-Hafzun ni su hijo podian ya retractarse; desde entónces debian apoyarse únicamente en los cristianos, y triunfar ó sucumbir con ellos. Los cristianos eran los únicos que habian conservado entusiasmo y energía, mientras que los musulmanes hacian traicion en todas partes. Prueba de ello lo que había pasado poco ántes en la fortaleza de Balda, estando sitiada por el Sultán; la parte musulmana de la guarnicion se ha-

(1) Arib, t. II, p. 182, 183.

(2) Arib. t. II, p. 181, 182.

bía pasado toda entera al enemigo, mientras que los cristianos se dejaron matar hasta el último ántes de rendirse. (1) Sin embargo, Djafar, que no se daba entera cuenta de la situacion en que se encontraba, creia aun en la posibilidad de reconciliarse con los musulmanes andaluces, y queriendo ganárselos, manifestó claramente su intencion de volver al islamismo. Esto fué lo que le perdió. Horrorizados con la idea de tener por jefe á un infiel, sus soldados cristianos tramaron un complot, y habiéndose entendido con su hermano Soliman, lo asesinaron (920) y proclamaron á este que se apresuró á presentarse entre ellos. (2)

El reinado de Soliman no fué dichoso; Bobastro era presa de las mas furiosas discordias. Estalló una insurreccion; Soliman fué echado, sus prisioneros puestos en libertad y saqueado su palacio. Pero poco despues sus partidarios lograron introducirse en la ciudad; él mismo entró disfrazado, y habiéndose ganado el populacho, prometiéndole el pillaje, lo llamó á las armas. Quedó por él dueño, é inexorable en su

(1) Arib, t. II, p. 181.

(2) Ibn-Khaldum, fól. 13 v., 11 r.; Arib, t. II, p. 109.

venganza, hizo cortar la cabeza á la mayor parte de sus adversarios. «Allah, dice un historiador de Córdoba, dejaba que los infieles se degolláran mutuamente, porque quería estirpar de raíz hasta sus últimos vestigios.» (1)

Soliman no sobrevivió mucho tiempo á su restablecimiento. Habiendo sido desmontado en una escaramuza (el 6 de Febrero de 927) fué muerto por los realistas, que saciaron su ira en su cadáver, al que cortaron la cabeza, las manos y piés. (2)

Sucedióle su hermano Hafz, pero iba á sonar la última hora. En el mes de Junio de el año 927, el Sultán fué á sitiar á Bobastro, decidido á no levantar el sitio hasta que no fuera tomada la ciudad. Habiendo ordenado levantar por todas partes obras formidables y reconstruir una antigua fortaleza romana semi-arruinada, que había en las cercanías, cercó la plaza por todas partes y le cortó los víveres. Durante seis meses Hafz resistió los esfuerzos del enemigo, pero se rindió al fin, y el viernes 21 de Junio de 928, las tropas del Sultán tomaron

(1) Arib, t. II, p. 194.

(2) Arib, t. II, p. 104.

posesion de la ciudad. Hafz fué trasladado á Córdoba con todos los demás habitantes y más adelante sirvió en el ejército de su vencedor. Su hermana Argentea se retiró á un convento, donde probablemente la hubieran dejado en paz, si hubiera consentido en vivir ignorada; pero entusiasta, fanática, y aspirando desde mucho tiempo ántes á la palma del martirio, irritó á la autoridad, declarando que era cristiana, y como á los ojos de la ley era musulmana, por serlo su padre en la época en que nació, fué condenada á muerte como culpable de apostasía. Ella sufrió la sentencia con un valor heroico, mostrándose así digna hija del indomable Omar-ibn-Hafzun (931.) (1)

Dos meses despues de la rendicion de Bobastro, el Sultan visitó en persona esta ciudad. Quería ver con sus propios ojos aquella orgullosa fortaleza que durante medio siglo había desafiado los ataques incesantes de cuatro Sultanes. Cuando estuvo allí, cuando desde lo alto de las murallas dirigió su vista á sus almenados bastiones, y á sus colosales torres, cuando midió con sus

1) Arib, t. II, p. 206-208. «Vita Beata Argenteæ,» c. 4 hasta el fin.

ojos la altura de la montaña cortada á pico, en que se asentaba, y la profundidad de los precipicios que la rodeaban, entónces exclamó, que no había otra semejante en el mundo; y lleno de gratitud hácia Dios que se la había entregado, se deshizo en acciones de gracia, y mientras permaneció en ella observó un ayuno rigoroso. Desgraciadamente para su gloria, tuvo la debilidad de dejarse arrancar una concesion á que no hubiera debido acceder: Queriendo ver tambien la temible ciudad que había sido el baluarte de una religion que odiaban, habían ido en su seguimiento los faqués, y en Bobastro no le dejaron descansar, hasta que les permitió abrir las tumbas de Omar-ibn-Hafzun y de Djafar su hijo. Luego, viéndolos enterrado á la manera cristiana, no se avergozaron de turbar el descanso de los que ya dormian el sueño eterno, y habiendo sacado sus cuerpos de la sepultura, los enviaron á Córdoba, con órden de clavarlos en postes. «Estos cuerpos, esclama un cronista de la época, con bárbara alegría, estos cuerpos fueron así advertencia saludable para las gentes mal intencionadas, y dulce espectáculo para los ojos de los verdaderos creyentes.»

Las plazas que se hallaban en poder de los cristianos, no tardaron en entregarse. El Sultán las hizo arrasar todas, á escepcion de algunas que juzgó conveniente conservar para mantener al país en la obediencia, é hizo trasladar á Córdoba á los hombres más influyentes y peligrosos. (1)

Estaba pues, pacificada la Serranía, mas ántes que lo estuviera, el Sultán había vencido la insurrección en muchos otros lugares. En las montañas de Priego, los hijos de Ibn-Mastana habían tenido que cederle sus castillos; en la provincia de Elvira, los Berberes de la familia de los Beni-Mohallab se habían visto obligados á deponer las armas. (2) Monte-Rubio en las fronteras de Jaén y Elvira había sido tomado. Edificado en una montaña colosal y escarpadísima, había inspirado por mucho tiempo al gobierno sérios temores. Allí se habían albergado gran número de cristianos que bajaban á cada instante de su nido, para saquear los cortijos próximos ó para robar y asesinar á los caminantes. En 992, había sido sitiada esta madriguera, sin resultado

(1) Arib, t. II p. 209, 210.

(2) Arib, t. II, p. 191.

por el Sultan durante todo un mes, no siendo tomada sino cuatro años mas tarde.

(1) En 924, fueron obligados á someterse muchos rebeldes del país valenciano. (2) En el mismo año, el Sultan fué á quitar la frontera superior á todos los Beni-Casi (3) que se habían debilitado con las guerras que habían sostenido entre sí y con las que habían tenido que mantener contra el rey de Navarra y los obligó á alistarse en su ejército. (4) Dos años despues, el general Abd-al-hamid-ibn-Basil, hizo una campaña felicísima contra los Beni-Dhi-'n-nun. (5)

No teniendo ya nada que temer por la parte del Mediodía, el Sultan se halló en disposición de dirigir todas sus fuerzas contra los rebeldes de las demás provincias, y obtuvo triunfos tan rápidos como decisivos. En 928 envió tropas contra el Chaikh Aslamí, señor de Alicante y Callosa, en la provincia de Todmir. Este Árabe, que era un bandido y un perdido del peor género, había afec-

(1) Arib, t. II, p. 192 204.

(2) Arib, t. II, p. 196.

(3) Ibn-al-Cutia, fól. 74 v.

(4) Ibn-al-Cutia, «loco laud;» Arib, t. II, p. 175, 176, 177, 195.

(5) Arib, t. II, p. 204.

tado siempre una gran devocion; cuando empezó á hacerse viejo abdicó en su hijo Abderramen, no queriendo, segun decia, ocuparse ya mas que de su salvacion; y en efecto, asistía con la mayor exactitud á todos los sermones y á todas las oraciones públicas, pero esta aparente piedad no le impedía ir de tiempo en tiempo á merodear en las tierras de sus vecinos, y habiendo muerto su hijo peleando con los realistas, tomó de nuevo el mando. No lo conservó mucho; el general Ahmed-ibn-Ishac tomó una en pós de otra sus fortalezas, y habiéndole obligado á someterse, lo hizo llevar á Córdoba con toda su familia. (1) Hácia la misma época se rindieron Mérida y Santaren, sin que las tropas que el Sultan había enviado contra ellas tuvieran necesidad de desenvainar la espada. (2) Al año siguiente Beja volvió tambien á la obediencia, despues de haber hecho durante quince dias una valerosa resistencia. (3) Luego volvió sus armas el Sultan contra Khalaf-ibn-Becr, príncipe de Ocsonoba; pero este

(1) Ibn-Haiyan, fól. 16 v., 17 r.; Arib, t. II, página 210, 211.

(2) Arib, t. II p. 211.

(3) Arib, t. II, p. 214, 215.

renegado le envió á decir que estaba pronto á pagar tributo, y que si no lo había hecho ántes, lo distante de la provincia debía servirle de excusa. Era este Príncipe muy amado de sus súbditos, para los que él y sus predecesores habian sido siempre muy buenos, y el monarca comprendió que si persistía en su designio de reducirlo, obligaría á los habitantes del Algarbe á tomar una resolución desesperada. Así, que contra su costumbre, hizo una transaccion. Consintió en que Khalaf-ibn-Becr, fuera no su súbdito, sino un vasallo tributario, debiendo solo comprometerse el Príncipe de Ocsonoba á pagar un tributo anual y á no dar asilo á los insurrectos. (1)

La reduccion de Badajoz, donde aun reinaba un descendiente de Ibn-Merwan, el Gallego, exigió mayores esfuerzos. La ciudad no se rindió sino despues de haber sostenido un sitio durante todo un año (930.) (2)

Para ser dueño de toda la herencia de sus abuelos no le restaba á Abderramen más que reducir á Toledo.

Comenzó por enviar allá una diputacion

(1) Arib. t. II, p. 215.

(2) Arib, t. II, p. 214, 216 y 217.

de faquies, encargados de hacer presente á los vecinos que, habiéndose sometido todo el reino, sería una locura de su parte continuar dándose aire de república. Esta tentativa fué inutil. Llenos de amor á la libertad de que habian gozado durante ochenta años, ya bajo la proteccion de los Benicasis, ya bajo la de los reyes de Leon, los Toledanos dieron una respuesta, si nó alta-nera, á lo menos evasiva. Viéndose, pues, obligados á apelar á los medios extremos, el monarca tomó sus medidas con la presteza y energía que le caracterizaban. Desde el mes de Mayo de 930, y ántes que se acabara de reunir el gran ejército que pensaba oponer á los rebeldes, envió contra Toledo á uno de sus generales, al visir Said-ibn-Mondhir, ordenándole que comenzára el sitio. En el mes de Junio marchó él mismo contra la ciudad con todo el grueso de sus fuerzas, y habiendo establecido sus reales en las orillas del Algodor, cerca del castillo de Mora, intimidó al renegado toledano que allí mandaba, que lo evacuase. Bastó esta simple intimacion. Conociendo la imposibilidad de defenderse contra el numeroso ejército del Sultan, se apresuró el renegado á evacuar la fortaleza. Abderra-

men puso en ella una guarnicion y fué á establecer su campo cerca de Toledo, en una montaña que llevaba entónces el nombre de Djarancas. Dejando vagar sus miradas sobre los jardines y las viñas, encontró que el cementerio que estaba cerca de la puerta era el lugar que mejor convenía para cuartel general. Hizo, pues, avanzar sus tropas hácia el cementerio; mandó segar los trigos, cortar los árboles frutales de los alrededores é incendiar las aldeas, y atacó á los Toledanos con el mayor vigor. El sitio duró apesar de esto más de dos años. Pero el Sultan, á quien nadá desanimaba, hizo edificar una ciudad en el monte de Djarancas y la ciudad de al-Tath (la Victoria) levantada en algunos dias, mostró á los Toledanos que el sitio no sería levantado nunca. Contaban aun, con el auxilio del rey de Leon, pero su ejército fué rechazado por los realistas. (1) En fin, apremiados por el hambre tuvieron que abrir las puertas. El gozo que experimentó Abderramen, cuando tomó posesion de la ciudad, casi igualó al que habia sentido cuando se hizo dueño de Bobastro, mostrándolo con las fervientes

(1) En el libro siguiente daremos detalles sobre esta expedicion de Ramiro II.

acciones de gracias que dirigió al Omnipotente. (1)

Árabes, Españoles, Berberiscos, todos habían sido vencidos; todos se habían visto obligados á doblar la rodilla ante el poder real, y el principio de la monarquía ilimitada fué proclamado mas rudamente que nunca, enmedio de un silencio universal. Pero las pérdidas sufridas por los diferentes partidos en esta prolongada lucha, no eran iguales. El mas maltratado era incontestablemente el que representaba la independencia individual, como la representaban los Germanos en Francia y en Italia, es decir, la aristocrácia  rabe. Obligada   sufrir un gobierno más absoluto y mucho más fuerte que el que había tratado de echar abajo, un gobierno que le era hostil por naturaleza, y que se dedicaba sistemáticamente   quitarle toda influencia en los negocios, estaba condenada   abatir el rumbo dulcemente, perdiendo en cada reinado algo de su brillo y su fortuna. Y h  aquí, justamente lo que era un consuelo para los Españoles y los que ellos miraban como una especie de victoria. Habiendo tomado las

(1) Arib, t. II, p. 217-224.

armas, ménos por ódio al Sultan, que por ódio á la nobleza, podian decir hasta cierto punto que habian triunfado, pues á falta de otra satisfaccion, tenian al ménos la de hallarse en adelante al abrigo de sus desdeños, de sus insultos y de su opresion. Ya no formarían un pueblo aparte, un pueblo de párias desterrado de la sociedad. El objeto que Abderramen III se había propuesto conseguir, y que por cierto plazo en efecto consiguió, era la fusion de todas las razas de la península en una nacion verdaderamente una. (1) Habian, pues, desaparecido las antiguas distinciones, ó por lo menos tendian á desaparecer cada vez más, para hacer lugar á las de rangos, clases y estados. Cierta es que esta igualdad, no era más que la igualdad en la sujecion, pero á los ojos de los Españoles era un bien inmenso, y por lo pronto apenas pedían otra cosa. En el fondo, sus ideas acerca de la libertad, eran todavía muy vagas; la monarquía absoluta y el despotismo administrativo no les eran antipáticos; al contrario, esta forma de gobierno era para ellos una antigua tradicion; no habian conocido otra, ni bajo

(1) Arib, t. II. p. 210, l. 13.

el dominio de los reyes visigodos, ni bajo el de los emperadores romanos, y la prueba de que ni imaginaban todavía otra mejor, es que ni aun durante la guerra que habian sostenido para reconquistar su independencia, habian hecho en general más que débiles esfuerzos para fundar la libertad.

NOTAS DEL AUTOR

NOTA A, p. 45.

Los árabes escriben el nombre de Carteya lo mismo que el Cartagena. Parece que ya en el siglo VIII se decía Carteyana en lugar de Carteya. En el siglo XVII, se veía aun en las ruinas de Carteya una torre que se llamaba Carteyana ó Cartagena, hoy torre del Rocadillo. Véase á Caro, «Antigüedades de Sevilla,» fól. 123, col. 4; «España Sagrada,» t. IV, p. 24, y Barrantes Maldonado, «Ilustraciones de la casa Niebla» (en el «Memorial histórico español,» t. IX, p. 369.)

NOTA B, p. 91.

Es muy singular que los historiadores árabes difieran acerca de la fecha de un acontecimiento tan importante como la rebelion del arrabal meridional

de Córdoba contra Haquen I. Todos convienen en que tuvo lugar en el mes de Ramadhan; pero unos la colocan en el año 198 de la Hegira, otros en el año 202. Ibn-Adhari é Ibn-Khaldun la colocan en 202; Nowairi, la refiere en el año 198, pero añade que otros la ponen en 202; en fin, Ibn-al-Abbar, nos dá no solamente el año 202, sino tambien el dia de la semana y el del mes, pues que dice que la revolucion empezó el miércoles, trece dias despues del principio de Ramadhan.

Apesar de estos testimonios, ciertamente respetables, he creido que debí adoptar la fecha de 198 hé aquí por qué:

1.º Segun Ibn-al-Abbar é Ibn-Adhari, una parte considerable de los rebeldes fué á refugiarse á Toledo, «estando entónces esta ciudad rebelada contra Haquen.» Esta noticia se aplica muy bien al año 198 porque en esta época Toledo estaba realmente rebelada, pero no al 202, pues en el 199, Haquen se había hecho dueño de Toledo, (Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 76) y durante todo el resto del reinado de este príncipe, esta ciudad permaneció en la obediencia.

2.º La fecha de 198 en que Nowairi refiere la rebelion, está confirmada por un historiador muy antiguo y muy respetable, Ibn-al-Alcutia. Este autor no cita el año, pero dice, que la entrevista de Haquen con Talut, tuvo lugar un año despues de la revuelta y que despues de esta entrevista, fué atacado de una enfermedad que consumió sus fuerzas durante siete años, y acabó por llevarlo á la tumba.

Coloca pues, la rebelion, ocho años ántes de la muerte de Haquen, que aconteció segun todos los historiadores en 206.

3.º La fecha de 198, está tambien confirmada por el testimonio de Macrizi, historiador que trabajaba, nó sobre documentos arábigo-españoles, sino sobre crónicas egipcias. Macrizi hace llegar los andaluces á Alejandria en 199; este mismo año los atacó el gobernador de la ciudad á quien ellos habían destituido y hácia el fin del año 200, Abdalaziz marchó contra ellos. Es imposible que todas estas fechas sean erróneas.

NOTA C, p. 335.

Segun la regla establecida por el Concilio de Nicea, la solemnidad pascual en el año 891 debió caer en 4 de Abril, pero como los cronistas árabes colocan la batalla de Polei en el año 278 de la Hegira, la que comenzó el 15 de Abril de 891, es probable que los andaluces hubieran celebrado sus Pascuas segun el sistema de su compatriota Migecio, sistema que el papa Adriano I, menciona y condena en una carta dirigida al obispo Egifa. Véase esta carta en la «España Sagrada,» t. V, p, 532, c. 6.

NOTA D, p. 338.

En 896 y durante el sitio de Velez, muchos caballeros y peones atraídos con la esperanza de mayor sueldo, se pasaron al enemigo, Ibn-Haiyan, fól. 88 v.—Durante el sitio de Lorca, hubo numerosas deserciones en el ejército del Sultan y en el de Daisam. E mismo, fól. 89 v.—En 897 doce soldados de Tanger que servían con Ibn-Hafzun, vinieron á ofrecer sus servicios al general del Sultan. El mismo, fól. 91 v.—En el último año del reinado de Abdallah los regimientos de Tánger que éste príncipe tenía á su servicio, desertaron en masa, (probablemente por el atraso de sus pagas) para ir á ponerse bajo las banderas de Ibn-Hafzun, y las de su aliado Said ibn-Hodhail, de Monteleon. Poco despues tuvieron en Bobastro y en Monteleon una violenta disputa con sus nuevos compañeros. Llegaron á las manos y casi todos los berberiscos fueron muertos. Los que sobrevivieron á ésta catástrofe volvieron al campo del Sultan que les concedió su perdon. El mismo, fól. 107 r.; Arib, t. II, p. 152.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA I. p. 212.

Para que el lector pueda formar juicio imparcial acerca de la respectiva situacion de los mahometanos y muzárabes, aconsejamos la lectura del interesante estudio que á este punto dedica el eruditísimo escritor D. José Amador de los Rios en el capítulo XII de tomo II de su «Historia Crítica de la Literatura española. Ambas maneras de ver, esactas, bajo el punto de vista particular del escritor nos parece que pecan algo de parciales, miradas bajo el severo criterio de la Historia, que no reconoce afectaciones ni partidos. Ni pueden llamarse fanáticos con Dozy á los que protestan de la única manera que les era posible, contra disposiciones que tendian á concluir con su religion y con su raza, ni tampoco puede llamarse cruel tiranía la política de los gobernantes que tiende por medios pacíficos á asimilar y

fundir las diversas gentes que obedecen su poder. Ha podido haber, y de hecho ha habido, exceso por una y otra parte, mas censurable siempre en los que dominan, que en los dominados; pero ni á los unos puede pedirse que abandonen la seguridad del Estado, comprometida siempre, mientras en él exista organizado un pueblo con aspiraciones enteramente contrarias á su idea, ni á este puede exigirse que renuncie voluntariamente á su vida y á su personalidad histórica. ¿Era posible, que los musulmanes dejaran á la mayoría de la poblacion, cristiana y latina, cuando ya resonaban los gritos de la guerra en las montañas de Astúrias y del Pirinéo, que llamaban á la insurreccion á sus antiguos hermanos? ¿Y era posible, tampoco, que los muzárabes que habian aceptado la servidumbre política, por conservar su fé religiosa y su manera de ser social, abandonáran la una y la otra por obedecer las órdenes de los Sultanes? Y de que esto era de lo que verdaderamente se trataba, y nó del celo exagerado de unos cuantos soñadores, fácilmente se demuestra sin más que considerar la orden de Hixem II, que prohíbe en todos sus Estados que se hable y se escriba la lengua latina y ordena que los hijos de los cristianos acudan á las escuelas por él fundadas. Esta ley que menciona el historiador arábigo Abu-Meruan-ibn-Haiyan, y que cita Conde en el cap. XIX del primer tomo de la «Historia de la dominacion de los Arabes» no es en todo semejante, y no está inspirada en el mismo espíritu que la de los Concilios Toledanos

contra los judíos, que tan severa censura merecen al Profesor de Leiden?

Ciertamente que hubiera sido de desear, mayor consideracion á los pactos y mayor respeto á la libertad de la conciencia por parte de los emires cordobeses; como tambien lo hubiera sido que los obispo, visigodo-latinos hubieran manifestado ese mismo respeto cuando dominaban y mayor decision para defender su pátria y su fé, cuando fueron invadidos, pero entónces unos y otros hubieran sido hombres ideales y no musulmanes y muzárabes. La historia al mostrar las sangrientas y tristes consecuencias de sus errores, enseña, y ojalá la leccion no sea perdida, con la severa lógica de los hechos que ningun estado, ni institucion puede vivir indefinidamente cuando se funda en principios estrechos y exclusivos.

NOTA II, p. 285.

Creemos equivocada la reduccion que hace el autor de Talyata á Tablada, y para esto no necesitamos mas que fijarnos en las mismas circunstancias que refieren de los escritores árabes que trascribe. El gobernador de Sevilla estableció su campamento en un monte que se llamaba la Montaña de los Olivos y Tablada es un terreno perfectamente llano, sin accidente alguno, sugeto á las inundaciones del

rio. Perseguido por los berberes, consecuencia de la derrota que le proporcionó la traicion de Coreb, el gobernador emprendió la fuga y no hizo alto sino en Huevar á cinco leguas de Sevilla. Todo esto es inconcebible. Tablada, está tocando con Sevilla y era natural retirarse á esta poblacion donde podía encontrar mayores medios de defensa y no tener que atravesar derrotado el Guadalquivir á la vista del enemigo, que no hubiera dejado de aprovecharse de esta circunstancia, tanto mas inverosimil, cuanto que no es de creer que el gobernador llevara consigo un tren de puentes y que los hubiera conservado despues de su derrota, ó que hubiera encontrado el número de naves suficiente. Además, no consta que en Tablada ni entónces, ni nunca, hubiera habido poblacion alguna que los berberiscos hubieran podido saquear. Todo se esplica, por el contrario perfectamente, situando á Talyata en lo que hoy se llama todavía ciudad y campo de Tejada. Tejada, la antigua Tucci (Tucci vetus ó palaea Tucci), estaba en el camino que viene de Estremadura; á su espalda y mas cerca de Sevilla se encontraba Huevar. El gobernador que se cree con fuézas suficientes sale á encontrar á los berberiscos, sabe que han tomado á Tejada, donde todavía se conservan restos de una poblacion romana y establece su campamento en una altura coronada de olivos, que por allí los hay y de los mejores de la provincia; y cuando fué derrotado por haberse pasado Coreb al enemigo, se refugian en Huevar que es la poblacion que encuentra á su paso volviéndose á Sevilla.

NOTA III, p. 236.

Ningun punto de la Geografía arábica ha dado lugar á mayores equivocaciones y de más trascendencia histórica, que la situacion de Bobastro. Casiri leyó Bexcar, y entendió Huescar (Biblioteca Ar. Hisp. Ecur, II, 46 y 47-200) situándolo al extremo nordeste de la provincia de Granada; Conde leyó Barbarxter y lo trasladó á Barbastro en Aragon, haciendo así al norte de España teatro de las hazañas de Ibn-Hafzun, á cuyo error pudo ser inducido, no tan solo por la semejanza del nombre, sino por la equivocacion del historiador árabe Nowairi que traslada á Toledo uno de los sitios que tuvo que sufrir el jefe de los andaluces segun queda dicho en otro lugar. Este error ha venido estraviando á los subsiguientes historiadores y geógrafos: D. Miguel Lafuente Alcántara en su «Historia de Granada,» t. II, p. 148, ed. de 1843, siguió á Casiri y afirmó que este caudillo murió en Huescar, aunque corrigió despues esta opinion en 1852; D. Modesto Lafuente en su «Historia General de España,» P. II, cap. 12-14, siguió á Conde á pesar de que pretendía haber leído á Dozy á quien cita alguna vez; y de la misma opinion son Madoz en su «Diccionario Geográfico,» ar-

tículo, Barbastro, que sigue á Conde y Cárlos Romey que copió todos los errores de este, llevando á Omar hasta los Pirineos y haciéndole caer herido mortalmente en la batalla de Aybar, treinta y cuatro años ántes de su verdadero fallecimiento. Numerosos pasages de Ibn-Haiyan, Ibn-al-Cutia, Arib, Ibn-Adhari, el-Edrisi, Abdelwahid el Marroquí, Ibn-Aljathib é Ibn-Jaldum, sitúan el renombrado castillo de Omar en la Cora de Raya, de que fué cabeza primero Archidona y luego Málaga. Apoyado en estos datos Dozy, opina como hemos visto, que Bobastro estaba situado en las antiguas ruinas del Municipium Singiliense hoy denominadas «el Castillon.» Su situacion en la Cora de Raya, la naturaleza del terreno y quizá mas que todo esto, el haber hallado en algunas inscripciones las palabras «Municipium Singiliense Barb.» que interpretó «Barbastrense,» le inclinaron á esta opinion, suponiendo la existencia de dos Singilias, esta y la que cita Pinio suponía mas al norte hácia Priego. Cabe al docto catedrático de Leyden, la gloria de haber fijado el centro de las operaciones del Viriato andalúz, con error de escasa trascendencia para la historia, aunque no pueda ser aceptable para la geografia. Los doctos arabistas españoles, D. Serafin Estévez Calderon, y D. Francisco Javier Simonet, en sus artículos titulados «Una expedicion á las Ruinas de Bobastro, cartas dirigidas al Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra,» páginas 410, 411, 338, 439, 443 y 475 del t. I de la «Ilustracion Española y Americana,» que en parte

extraetamos aquí, colocan á Bobastro en las «Mesas de Villaverde.» Contradicen á su juicio la opinion de Dozy, que si se hubiera alzado sobre las ruinas de Singilia el mencionado castillo, no se conservarían allí tantos monumentos de la edad romana y ninguno de la sarracena ó muzárabe; que los autores árabes al referir prolijamente los sucesos y campañas de Omar, jamás hacen mencion de Antequera, silencio inesplicable si hubiera estado tan próximo á esta poblacion, una de las mas ricas y principales de la comarca. Además, el asiento de Bobastro, segun lo pintan los autores árabes, era mucho mas inaccesible y fuerte por naturaleza que el de Singilia, estaba segun Ibn-al-Cutia al Este de la roca ó Montaña de «Hardales,» situacion que indica proximidad y que conviene mejor á la «Mesa de Villaverde,» que dista de allí menos de una legua, que no á la de Singilia que está mas de tres al N. E.; era muy montuoso y rodeado de castillos, tanto que Ibn-Hafzua para abastecerse se vió precisado alguna vez á acudir al Africa, lo que no es probable sucediera en Singilia, lugar mas despejado y que dominaba una vega ferazísima. Además, no hay razon suficiente para suponer la existencia de dos Singilas. La celebrada por Plinio que contó soberbios, edificios, templos, curia, anfiteatro durante los Flavios y los Antoninos concuerda perfectamente con la grandeza de sus ruinas actuales; y el testimonio de Ibn-Hafzun, que al hablar de la expedicion del príncipe Almotarrif contra Singilia, dice que llegó al Singi-

lis (Genil) se acercó á Hoznajar, pasó por Lora, corrió la tierra entre Priego y Alcalá Yaheub (Alcalá la Real) y de allí marchó á Singilia, desde la cual volvió sobre Alcalá, no prueba la cercanía de Singilia á Priego, porque tratándose de una «alguasua» á distintos puntos ocupados por el enemigo, pudiera muy bien el caudillo árabe haberse acercado á Antequera. Los itinerarios de las tropas que fueron á combatir á Bobastro, no se esplican bien si hubiera estado situado en Singilia. Aban, segun el Bayan-Almoghríb (II, 144) marchando directamente de Córdoba á Bobastro, fué á poner su campo en Wadi-Nexcania, (junto al valle de Abdalasiz) donde Omar le salió al encuentro, y Aban marchando en su persecucion llegó con su campo al Wadi-Binax donde tuvo otro encuentro en que también triunfó, plantando por último sus reales en un sitio llamado «Talachira» ó «Talavira,» donde por algun tiempo combatió á Bobastro. Pero si hubiera estado este en Singilia, ni Aban hubiera tenido que bajar al valle de Abdalasiz, que cae dos leguas al S. de Antequera, ni este le hubiera salido allí al encuentro dejando desamparado su castillo. Cuenta Ibn-Haiyan que, otra hueste cordodesa capitaneada por los generales Aban y Ahmed, despues de recorrer varios pueblos de la provincia de Cádiz, desde Gibraltar, pasó al lugar llamado «Marsa Axxachara» ó Puerto de la Arboleda, de aquí á «Jandic Aljenna» ó Barranco de la Arboleda, de aquí á «Juric» hoy despoblado de Hourique, de aquí á Joxan (hoy Ojen, no Gaucin

como piensa Dozy,) de aquí á «Sohail,» antigua «Suel,» hoy la Fuengirola, de aquí á «Dacuan,» hoy Coin, sobre el rio (Grande), de aquí á «Casar-Bonaira» antigua «Castra Vinaria,» hoy Casarabonela, de aquí al rio «Wadi Beni Abderramen,» que que Simonet supone ser el arroyo de las Cañas, y de allí á Bobastro. Pero de Casarabonela á la Mesa de Villaverde, solo hay dos leguas aunque de mal camino y no hay que pasar por pueblo ninguno, bastando vadear solo el arroyo de las Cañas, y para ir á Singilia era preciso atravesar varios arroyos y montañas y aproximarse á no pocos castillos que todos ó la mayor parte pertenecían entónces á Hafzun, lo que no hubiera pasado en silencio aquel historiador. Confirman, además, esta opinion, la situacion de otros muchos castillos y lugares, que los autores arábigos, mencionan como vecinos á Bobastro y que en gran parte no solo conservan hoy sus nombres antiguos, sino que se descubren desde la misma mesa de Villaverde y los monumentos arábigos (una gran piedra al pié de la mesa, junto al arroyo de Colmenar que sus conductores estraviaron), y muzárabes, de los que Simonet conserva los dos fragmentos de lápidas sepulcrales siguientes:

/// // // // IL DEIS
IIIII SI ERUE QUINQUE
EGENIS CUNCTIS
PAVPERIBUS ALENS
ATQVE GUBERNANS

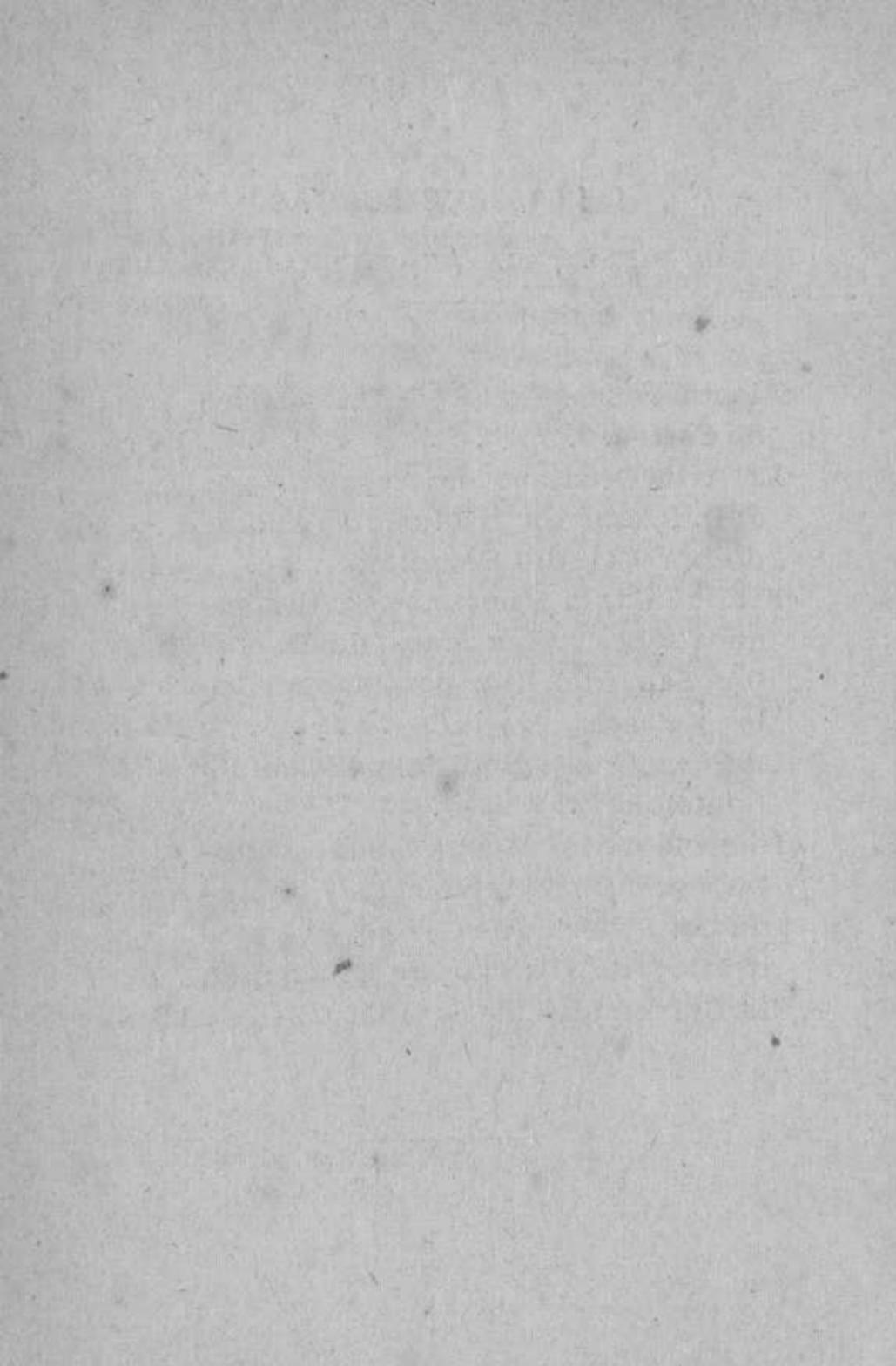
//////// IUS
/// III CUNCTIS
/// I'BUS UIXIT

Otro anticuario muy conocedor de estos lugares, y cuyo nombre no nos es dado revelar, por no querer manifestar su opinion hasta que sus sospechas se desvanezcan ó se confirmen ha imaginado que Bobastro debía estar en el sitio que hoy ocupa el castillo de Antequera, permítanos la indiscrecion de indicar que dos de sus principales fundamentos son, el ya señalado, de que no se haga mencion alguna de esta importante ciudad en las guerras sostenidas por Hafzun y de que muy cerca de la misma (más ahora que entónces) se encuentra el sitio denominado «Eras de Talavera» que pudo muy bien ser el Talabira mencionado, por ser un lugar alto, propósito para batir al castillo. Acaso la fijacion definitiva de «Medina Belda» que nos parece indudablemente señalada por el arqueólogo á que me refiero y la del Wadi Binax en que trabaja, decidan definitivamente punto tan controvertido. Por ahora parece indudable que la situacion de Bobastro no fué en Singilia y que la duda está entre Antequera y la Mesa de Villaverde. Nosotros nos inclinamos por ahora á la opinion de los que la creen en este lugar.

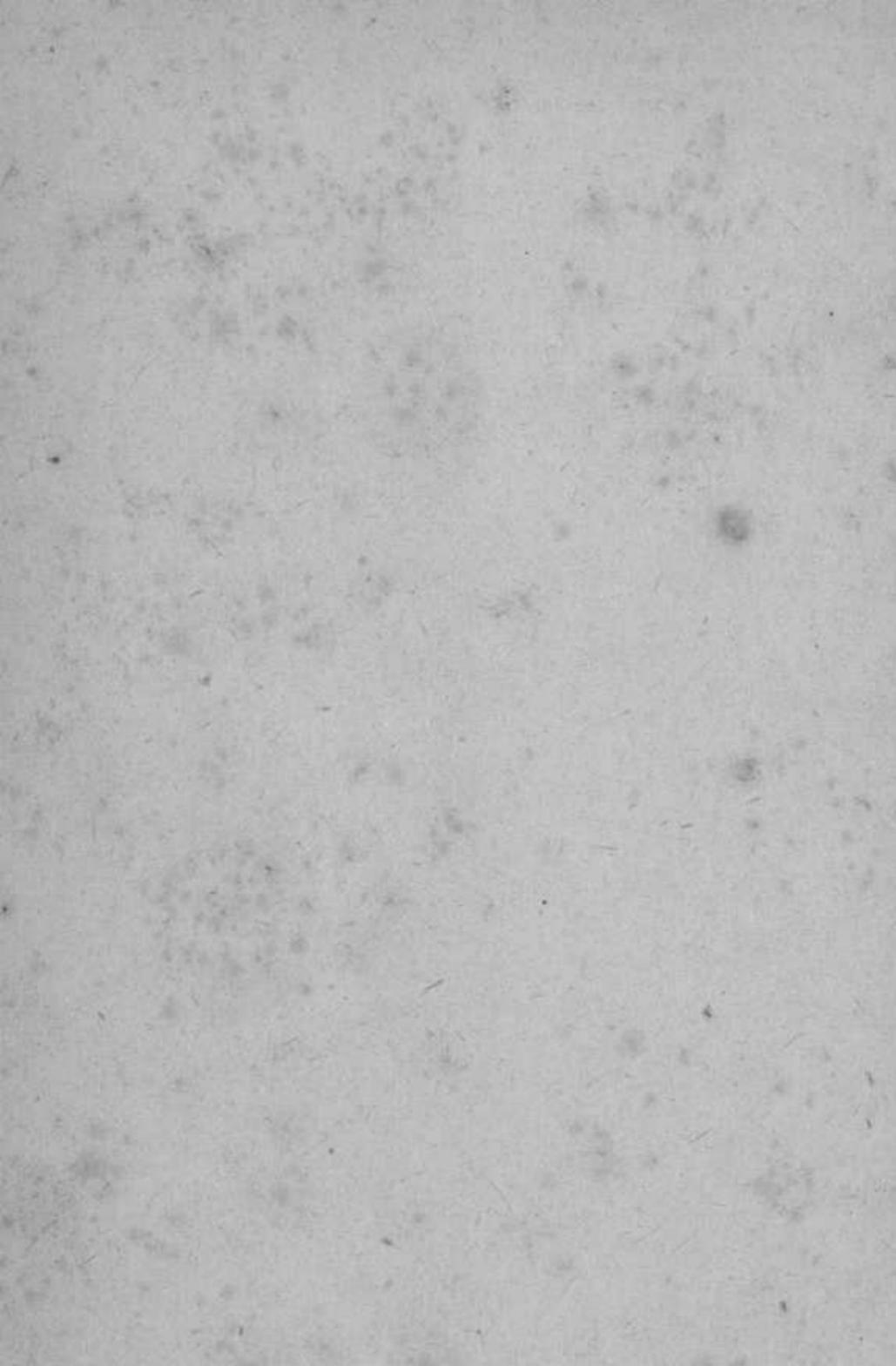
OBRAS PUBLICADAS

POR LA BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA

- «Flores de Invierno,» por D. Federico de Castro. 14 rs.
- «El Arte Cristiano en España,» por J. D. Passavant, traducido y anotado por Cláudio Boutelou.. . . . 14 »
- «Filosofía de la Muerte,» estudios hechos sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré.. . . . 14 »
- «La Pintura en siglo XIX, por Cláudio Boutelou. 14 »
- «Historia de los Musulmanes españoles,» por Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, ex-catedrático de Historia de España, en la Universidad de Sevilla, t. I. . . 16 »
-



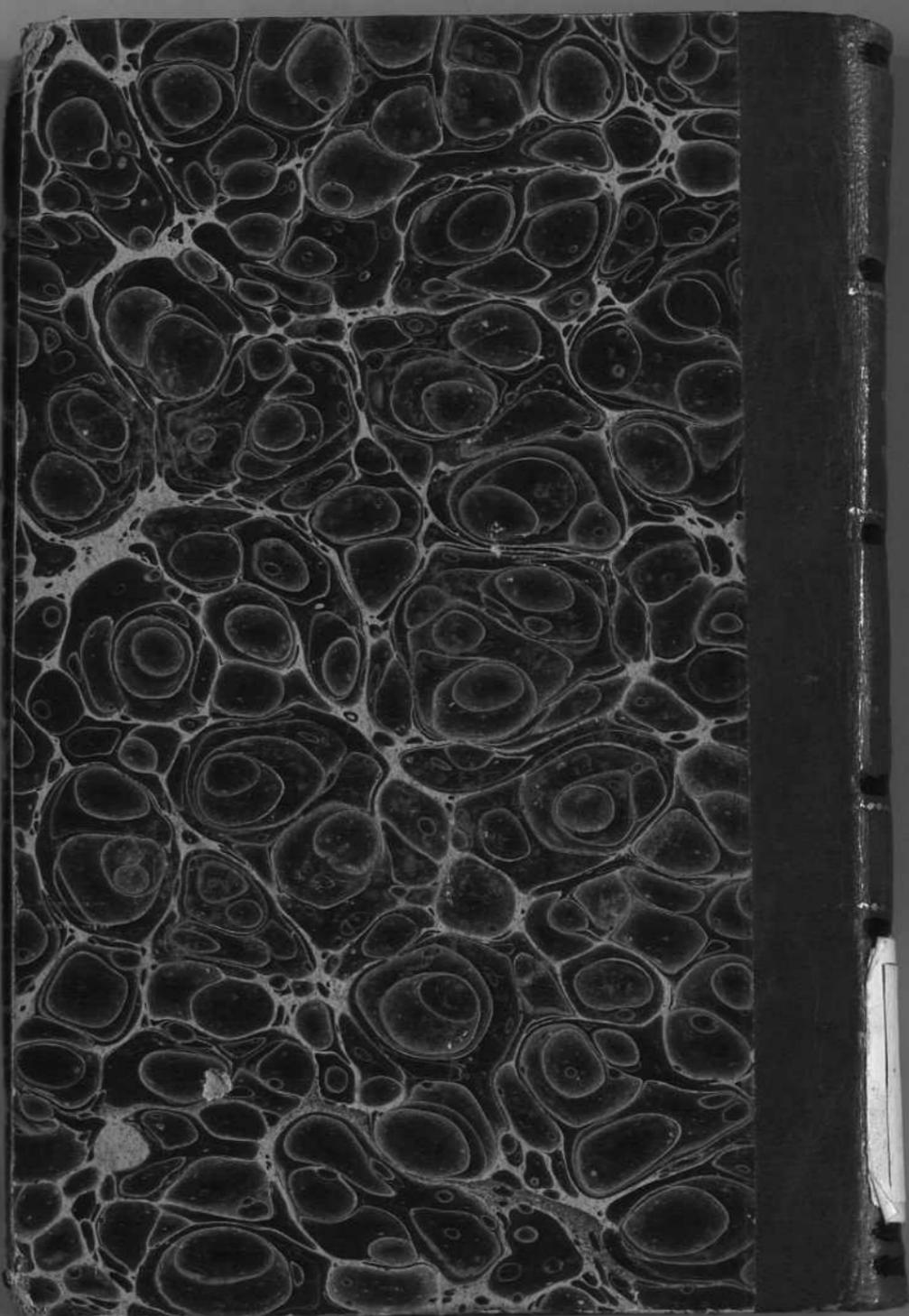












BOYAZ

MUSEOS NATIONALES

ESPAÑOLES

BIBLIOTECA

PROVINCIAL

VOL. SEGUNDA

9
2

82546